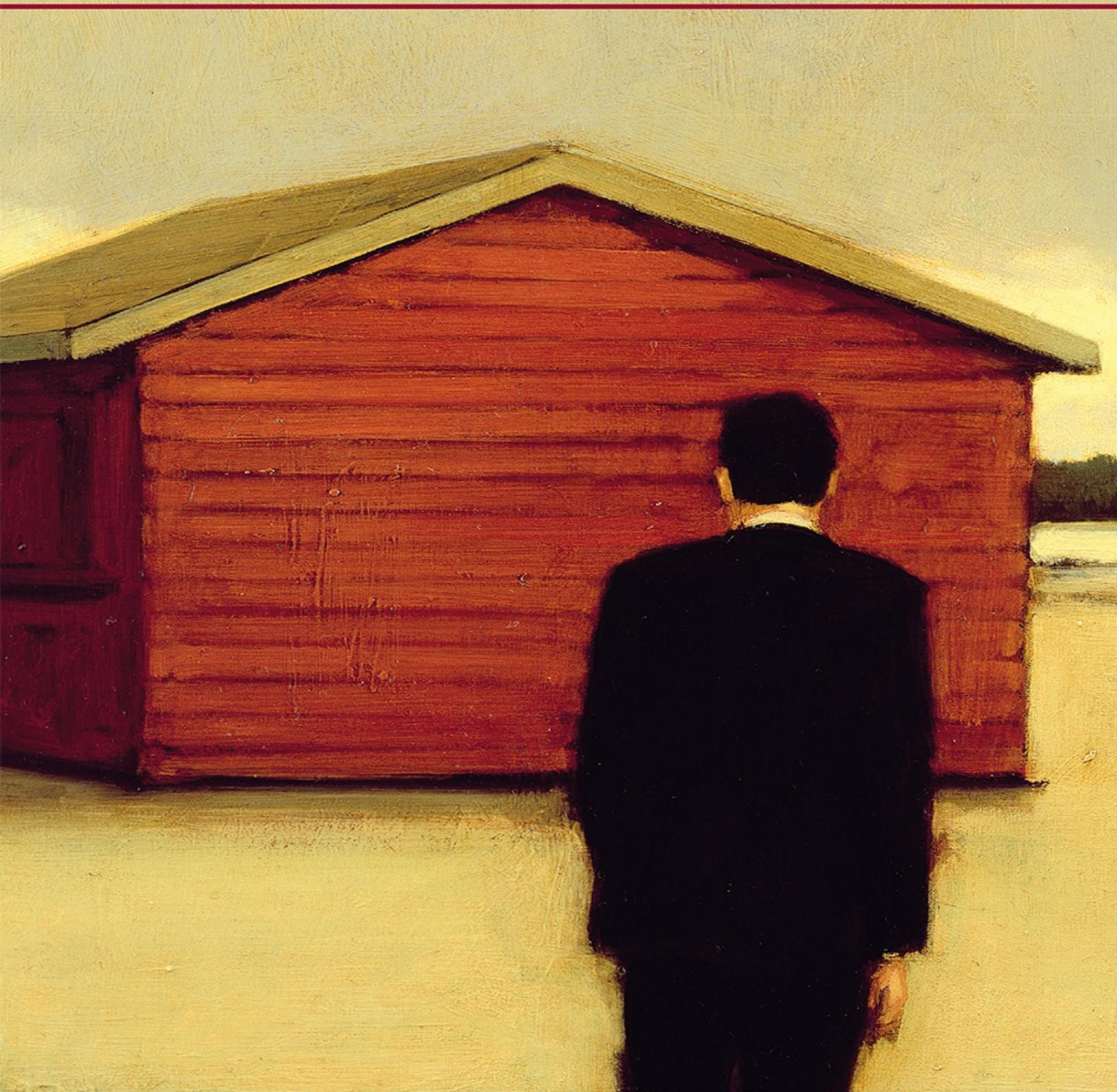


SIMPLEMENTE PERFECTO

Jostein Gaarder

Siruela Nuevos Tiempos



SIMPLEMENTE PERFECTO

JOSTEIN GAARDER

Jostein Gaarder

Simplemente perfecto

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: marzo de 2020

Título original: *Akkurat passe*

En cubierta: Ilustración de © Ben McLaughlin / Bridgeman Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Jostein Gaarder

First published by H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) AS, 2018

Published in agreement with Oslo Literary Agency

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18245-22-0

Conversión a formato digital: María Beloso

GLITREVIK

23 DE ABRIL DE 2009

Queridos todos:

Acabo de salir de la consulta de Marianne y sé que a partir de este momento todo se ha transformado. Estoy muy alterado y, de una u otra manera, lo que ocurra a partir de ahora dejará huella en todos nosotros. No hay camino de retorno a un estado normal de la situación. Duele pensar en ello.

Llegué aquí hace un rato. Solo me acerqué a la laguna para meter la barca en el agua. Siempre hay que hacerlo, antes de que dé comienzo la temporada, para que el lugar esté perfecto y listo para su uso.

Alrededor de la laguna se ven ventisqueros dispersos que parecen pesados testigos del largo asedio invernal. La temperatura del aire ronda, por el momento, el punto de congelación, pero no hay rastro de hielo en el agua, ni siquiera en la parte más profunda.

Saco la llave, abro la puerta y, antes de ponerme con las contraventanas, dejo en el suelo una bolsa con la compra. Luego enciendo el fuego en las estufas. Por la ventana que da al oeste veo que el disco solar descenderá sobre la laguna en el transcurso de una hora.

Debo hacer casi todo con una mano, al menos lo que requiere una precisión motriz. Así llevo ya unos meses. Por fin hoy conozco la razón.

Tengo los pies fríos porque no pasé por casa a coger unas botas y algo de ropa de abrigo, no soportaba la idea de entrar en ella; no había nadie para recibirme. Fui a Joker y compré los víveres más indispensables. Para veinticuatro horas.

Aquí hay botas de agua y jerséis gruesos, también encontré un par de tupidos calcetines de lana. Con fuego en las dos estufas, esto no tardará en calentarse. Esa es la ventaja de una cabaña pequeña; a veces la austeridad merece la pena.

Al salir de la consulta de Marianne, sentí una repentina necesidad de estar solo, de aislarme por completo.

No pienso con claridad, bullo por dentro, estoy horrorizado, consternado, pero hay algo que tengo que solucionar, he de tomar una decisión, lo que significa que tengo que escribir. Esa es ahora la única manera de pensar sistemáticamente. Tendré que procurar que los pensamientos sean concisos antes de llegar al papel. Creo intuir un hilo rojo en medio de todo el caos, pero no veo adónde me llevará.

Me doy cuenta de que no solo escribo para mí, ni quizá tampoco solo para mis seres más allegados. Puede que llegue a encabezar una especie de razonamiento en nombre de toda la humanidad.

¿Qué es un ser humano? La pregunta puede parecer ingenua. Pero se me ocurre que jamás he pensado en ella siguiendo un método.

No hay nada en mi situación que sea único; todo lo contrario. Solo soy uno de nosotros, y para desempeñar ese papel me quedaré escribiendo toda la noche. Me he dado un plazo de veinticuatro horas.

Somos increíble e infinitamente ricos en impresiones vitales, reconocimiento, recuerdos y relaciones entre nosotros. Y, cuando nos marchamos, todo se descompone, desaparece y se olvida.

El mundo tiene goteras, sangra. Y ahora me toca a mí. Este momento tenía que llegar algún día. Llegó como una bofetada. O como un puñetazo brutal.

Sin embargo, voy a empezar desde una perspectiva más amable. Antes de acercarme al último acto del drama, incluiré algo del dulce prelude.

Retrocedo en el pensamiento hasta la primera vez que Eirin y yo estuvimos aquí arriba. Fue en septiembre de 1972, y la historia que estoy a punto de contar no la habéis oído ninguno de vosotros. Christian, June y Sarah pueden prepararse para escuchar el secreto tan bien guardado que voy a revelar.

Resulta casi inconcebible que os hayamos ocultado siempre cómo comenzó todo, pero creo que en casi todas las familias existen algunos secretos tan bien guardados como este. Para empezar, era a Christian a quien queríamos proteger. Pensábamos que podríamos contárselo todo cuando se hiciera mayor. Solo que nunca llegó a hacerse mayor.

Sin embargo, ahora voy a desvelar esos viejos secretos. Lo contaré todo desde el principio, tal como lo recuerdo casi treinta y siete años después. Luego Eirin, si quiere, podrá corregir o añadir cosas.

Los dos tenemos diecinueve años y somos flamantes estudiantes de la Universidad de Oslo. La primera vez que nos vemos ha tenido que ser un lunes por la mañana en el área de descanso del edificio de Sophus Bugge. Si mal no recuerdo, era mi primer día como estudiante universitario.

De entre toda la multitud, me fijo en una chica. Está metiendo monedas en una máquina de café, y se me ocurre que yo también quiero llevarme un vaso de papel con café a clase, aunque solo sea para tener algo a qué agarrarme. Así es como nos conocemos: nos miramos y es como si nos estremeciéramos, como si diéramos un respingo, no porque nos hayamos visto antes, sino, al contrario, porque los dos estamos segurísimos de que nunca nos hemos visto.

Pero ella me sonrío un buen rato, seguro que durante dos segundos. Y esa sonrisa abre en mí estancias desconocidas.

No sabemos que vamos a ir a la misma clase, la misma de una larga serie que durará todo el semestre de otoño. Ninguno de los dos hemos estado antes en ese bullicioso edificio universitario, y los dos llegamos sin compañía.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse y nos sentimos cohibidos; eso lo comentaríamos ya solo una semana después. Al mismo tiempo, los dos deseamos entrar en contacto con otros estudiantes cuanto antes, conseguir un aliado, y preferiblemente antes de empezar la primera clase del otoño.

Supongo que por eso me pregunta la hora, pues veo que ella también lleva un reloj que marca justo la misma hora que el mío.

Para mí lo más importante entonces es descubrir por qué me pregunta la hora. ¿Es un mensaje subliminal?, ¿con doble sentido? ¿Quiere indicar que desea conocerme?

Me limito a contestar que son las nueve y nueve minutos, y al instante pienso que esa respuesta tan breve ha sido cobarde y evasiva. Porque yo quiero hablar más con ella. Y así a lo mejor he perdido la oportunidad de seguir charlando.

A menudo las personas damos unos rodeos muy complicados antes de iniciar un contacto directo. Muy pocas almas tienen la divina capacidad de ir al grano: ¡Hola! ¡Me encantaría

conocerle!

Como veis, no solté de inmediato que me gustaba esa chica que estaba allí por la mañana con el vaso de café preguntándome la hora. No revelé que su sonrisa me pareció encantadora. No le dije a nadie que me había sentido completamente fascinado por ella, que desde el momento en que la vi me hechizó su abundante pelo color nuez, sus fríos ojos azules, casi verdes —como el agua de un glaciar, podría haber dicho—, o que la chica olía bien; en el área de descanso, no había mucho espacio.

Además, tampoco comenté que me gustó que llegara a la primera clase del semestre con un vestido de flores, no con vaqueros azules, como la mayoría. Había que tener cierto cuidado con ese tipo de comentarios a principios de la década de los setenta...

Pero mi pobre respuesta no debió de estropear nada, porque esa chica tan sonriente no se dio por vencida. Me preguntó si yo también iba a la clase de filosofía. Asentí con la cabeza y por fin me lancé. Dije que podríamos ir juntos.

Ella me vuelve a sonreír. Solo hay que esperar a que yo me saque un café de la máquina. La joven se queda a mi lado.

Luego cruzamos juntos el vestíbulo y entramos en el aula. Entonces, no había sido mala idea empezar preguntando la hora.

Nos quedamos hablando unos minutos después de la clase, en la que un joven asistente nos había hecho un breve resumen de los presocráticos. No recuerdo de qué hablamos; tal vez intercambiáramos unas palabras sobre Empédocles o Heráclito. Al menos no creo que nos contáramos gran cosa sobre nosotros.

Enseguida nos vamos cada uno por nuestro lado, porque uno de los dos tiene prisa o simplemente porque ya no tenemos más que decir. Ella consigue decir que se llama Eirin —eso sí lo recuerdo—, y yo digo que soy Albert.

Después de aquello nos encontramos tres o cuatro veces en los días siguientes o nos seguimos el rastro, buscándonos por rincones y escondites del recinto universitario, y también en la ciudad, en los cafés, y, cuando nos encontramos, nos paramos a hablar, y cada vez nos quedamos más tiempo hablando.

Pero nunca nos sentamos en un banco o en la hierba, ni quedamos para volver a vernos. No hace falta. Sabemos que nos volveremos a ver.

Una semana después de que nos viéramos por primera vez, nos encontramos de nuevo delante de la máquina de café del edificio de Sophus Bugge, y en esta ocasión Eirin toma una iniciativa sorprendente.

Me cuenta, con una mezcla de arrojo y vergüenza, que su padre se ha ido a pasar unos días a Copenhague, que ella se ha quedado con su coche y que —ahora habla sin tapujos— quiere invitarme a un paseo en coche ese mismo lunes, un «laaargo» paseo, señala, mirando primero al suelo y, luego, de nuevo a mí, con unas expresiones intensas que alternan entre medias frases y sonrisas burlonas, con una mímica que vacila de manera atrevida entre profundidades y ligerezas; sus ojos azules verdosos de glaciador brillan, bailan y yo me siento abrumado, casi exhausto, por esa iniciativa vulnerable, a la vez que insistente, de una chica con la que apenas he intercambiado unas palabras. Pero no vacilo en aceptar, aunque ando liado con otra chica, que tiene un año más que yo y estudia Medicina, Marianne, e intento convencerme a mí mismo de que esa relación ha empezado a hacer aguas.

Algo en mi interior que grita y da saltos de alegría.

Por fin, cuando entramos en el aula, me fijo en que ese lunes ella viste de un modo bastante más corriente de lo que le he visto hasta entonces. Ese día lleva unos vaqueros azules bastante desgastados y un jersey gordo rojo de lana.

Papá está en Copenhague y el paseo del lunes está planificado, bien meditado. No carezco por completo de antenas.

No me entero mucho de la clase —trata de Sócrates, que acaba condenado a muerte por seducir a la juventud—, pero unos minutos después estamos sentados en un flamante Volvo 144 azul marino, y tenemos todo el día por delante.

No sé si alguna vez he ido en un coche tan señorial, quizá en algún taxi, pero nunca con una conductora tan atractiva.

Durante la tarde nos turnaremos al volante. También yo probaré los caballos de ese vehículo. Y Eirin se reclinará en el asiento del pasajero, riéndose y bromeando.

Casi como si de un preludio se tratara, subimos primero a Grefsenkollen y luego a Holmenkollen, y así podemos contemplar la ciudad en la que vivimos cada uno desde su perspectiva; primero desde la de Eirin, ya que ella se crio en Grefsen, y luego desde la mía, pues yo vivía, en casa de mis padres, en Holmen.

Ya hemos iniciado el paseo, no tenemos ni idea de adónde nos dirigimos; sin embargo, poco importa. Nos movemos a lo largo y ancho del este, charlando sin parar, porque hemos vivido diecinueve años separados y, por tanto, tenemos mucho de que hablar, muchísimo. No tenemos ningún recuerdo común, ni ninguna referencia común, sino que se están creando ahora. Por fin, a partir de hoy, podremos empezar a coleccionar episodios y momentos que vivimos juntos, que creamos entre los dos y sobre los que no tendremos que explicar nada el uno al otro más adelante.

Nos paramos en un área de descanso a coger arándanos. Por torpeza nos chocamos el uno contra el otro y al poco tiempo nos apoyamos en el coche azul sin parar de besarnos. Pero

enseguida llega un monstruoso camión y aparca a nuestro lado. Al frenar, el chófer del gran vehículo toca levemente el claxon como para saludarnos o, lo que es más probable, para tomarnos el pelo, para meterse con nosotros, pero, como no tenemos ganas de conocer al camionero, nos metemos a toda prisa en el coche, asustados como animales de presa.

Seguimos a lo largo del extenso lago con el que todos estáis hoy tan familiarizados. Para nosotros entonces, en los tiempos prehistóricos, esta región es terreno desconocido; el viaje es toda una aventura.

Cogemos varios desvíos pequeños, nos metemos por carreteras secundarias, no recuerdo exactamente por qué, pasamos por delante de una pequeña granja y nos internamos en un camino forestal casi cubierto de vegetación, camino en el que vemos una señal en la que pone «Kringelen». La carretera acaba en un sendero donde un viejo letrado indica el camino a Glitretjern.

«¡Glitretjern!», la laguna resplandeciente.

El nombre nos pareció fascinante, seductor. Y, fijaos, Christian, June y Sarah, era la primera vez en la vida que veíamos ese nombre, muchos años antes de que ninguno de vosotros existierais.

Eirin da marcha atrás, mientras yo la dirijo desde fuera y aparcamos el coche de papá lo más cerca posible del lindero del bosque. Lo hacemos con precisión y entrega, como si lo hubiéramos hecho muchas veces o quizá más bien como si sospecháramos que no iba a ser la última vez que íbamos a aparcar allí el coche. Y, sin bebida ni comida, ni ninguna prenda de abrigo, emprendemos nuestra excursión a pie. Nos dirigimos a Glitretjern.

El verano está tocando a su fin, estamos en la segunda semana de septiembre y el sol de la tarde hace que no pensemos en el frío que puede hacer cuando caiga la noche; yo no llevo más que una fina camisa vaquera de esas que tienen botones de esmalte blanco, y Eirin, el viejo jersey rojo intenso, como un agresivo lápiz de labios o como una puesta de sol otoñal.

¿Y comida? La única hambre que sentimos es la de llegar a conocernos mejor, y de agua nos podemos saciar en la laguna de Glitretjern, en el cartel ponía que solo quedaban tres kilómetros.

Pero son unos kilómetros empinados. Subimos cuestas pronunciadas y no llegamos a la laguna hasta una hora después.

Nos quedamos hechizados ante la resplandeciente laguna en medio del bosque. Una pequeña cabaña de troncos de madera pintada de rojo, con un tejado en pendiente y postigos blancos, se yergue en solitario junto a una estrecha cala de la laguna, donde hay amarrada una pequeña barca con dos remos dentro.

Tenemos que dar una vuelta y contemplarlo todo.

Nos encontramos en una meseta, no de montaña, sino en un cerro en la zona de abedules, a unos seiscientos o setecientos metros sobre el nivel del mar. En el horizonte, hacia el noroeste, vemos las siluetas de altas montañas.

El sol aún caliente, y, sudados y agotados tras la caminata, nos quitamos la ropa en una roca y saltamos desnudos al agua. Parece algo natural y familiar, simplemente perfecto, como si intuyéramos que un día, dentro de muchísimos años, aquel sería «nuestra laguna», y la cabaña roja, que uno de nosotros denomina la «Casa de Cuento», un día sería nuestra.

Después del baño, regresamos a la orilla gritando y riendo, nos sacudimos el agua y nos

vestimos, porque nos hemos quedado fríos, y seguramente nos sentimos también bastante tímidos, pero estamos en la época de los *hippies* y en cierto modo da vergüenza sentir vergüenza ante la desnudez, de modo que ninguno de los dos nos atrevemos a mostrar la más mínima señal de timidez. Supongo que apenas nos miramos, pero en un destello yo la percibo y me siento desfallecer.

El sol está más bajo en el cielo y el agua brilla, pero con un matiz más dorado que cuando llegamos.

No recuerdo ni siquiera si se nos ocurrió que teníamos que volver al coche antes de que se hiciera de noche. Lo que sí recuerdo es que nos metimos en la barca y remamos por la laguna. Estábamos los dos callados, tan callados que oíamos chapotear los remos como pesados golpes contra la superficie del agua. A ninguno se nos da muy bien remar.

No encontramos las palabras. Solo hace una semana que nos conocemos, pero tenemos la sensación de llevar toda la vida conviviendo, porque supongo que de eso se trata, de que tal vez vayamos a convivir toda una vida, y eso es algo que se nos ocurre por primera vez durante un paseo, en una barca robada, por la laguna de Glitretjern.

Volvemos remando y casi sin hablar. Nos hemos puesto serios, al menos Eirin, incluso parece un poco triste, y, cuando amarramos la barca, el sol se ha escondido ya tras la línea del horizonte y el agua se ha oscurecido de repente.

No sé por qué, pero se me ocurre que la laguna debe de ser muy profunda.

Uno de los dos sugiere que intentemos forzar la puerta de la Casa de Cuento y buscar allí cobijo para la noche. Nos hemos perdido, sería una frase no del todo insensata, porque en cierto modo hemos andado perdidos y como niños desobedientes, y seremos pronto presa de la noche.

En la cabaña a lo mejor encontramos algo de comer, sugiero yo, o ella, y quizá algo de beber. Sea como sea, el otro aprueba enseguida la propuesta. Los dos estamos igual de ilusionados. Nos hemos puesto a charlar de nuevo.

A patadas conseguimos abrir algo que parece una mezcla entre una leñera y un cobertizo para herramientas —hoy lo llamamos solo «la leñera»— y con un sólido pie de cabra y bastante esfuerzo logramos entrar en la Casa de Cuento. Nuestras miradas se encuentran por unos instantes, como si exclamáramos: ¡Qué locos estamos! ¡Qué estamos haciendo?

Fuera está anocheciendo, no falta mucho para el equinoccio de otoño, pero estamos bajo techo y nos encontramos de repente abandonados a nuestra suerte y a lo que pueda venir, por ejemplo, una visita sorpresa de los dueños de la casa.

Pasamos un buen rato dando vueltas por la sala en penumbra, yo me doy un golpe en la rodilla con una estufa de hierro y Eirin se cae sobre una vieja mecedora y da un horrible grito; por fin encontramos una caja de cerillas en el alféizar y conseguimos encender cuatro velas.

Tras un largo día con un intenso sol de finales de verano, la cabaña está como un invernadero. No vendría mal abrir una o dos ventanas, pero no nos atrevemos a abrir los postigos por si pasara algún lugareño. Nos contentamos con abrir uno que cubre la ventana del oeste, la que da a la laguna. Aquí es donde estoy sentado ahora.

La cabaña no tiene más que tres estancias: en la planta baja, una espaciosa sala con sofá, mesa baja y butacas, además de una mesa de comedor con seis sillas alrededor y una pequeña cocina

muy agradable con sillas y despensa. Desde una pequeña entrada sube una estrecha escalera al dormitorio, que tiene el mismo tamaño que toda la planta baja, pero la zona aprovechable se acorta bastante por el tejado en pendiente, aunque hay sitio de sobra para tres camas pintadas de rojo y una cómoda azul.

Cojo un cubo de cinc y voy a la laguna a por agua, mientras Eirin enciende la pequeña estufa de leña de la cocina. No existe otra manera de cocinar allí. Echamos un poco de agua en una cacerola que colocamos sobre la estufa.

En silencio empezamos a buscar algo de comer. En la despensa encontramos café instantáneo, galletas y chocolate negro; con eso ya podemos respirar aliviados. Pero Eirin encuentra también un paquete de arroz y otro de leche en polvo, o Leche Vikinga, como pone en el embalaje. Se le ilumina la cara y se limita a decir: «¡Arroz con leche!».

Al cabo de un buen rato estamos sentados frente a frente en la mesa de la cocina con dos velas encendidas entre nosotros, comiendo arroz con leche con azúcar y canela. Con agua de la laguna diluimos un zumo de arándanos. No nos falta de nada; puede que nunca me haya sentido tan rico como en ese momento y en ese lugar, aunque la verdad es que hemos allanado la Casa de Cuento y estamos comiendo gracias a un robo puro y duro.

Y entonces: mirando a Eirin sentada delante del plato prohibido de arroz con leche, con su jersey rojo y su largo pelo de color nuez cayéndole por los hombros, se me escapa sin más: «¡Ricitos de Oro!».

Parece salida del viejo cuento.

Sabéis de sobra que de vez en cuando llamo a Eirin «Ricitos de Oro», pero siempre ha sido nuestro pequeño secreto por qué le puse ese cariñoso mote. Tuvo más que ver con el arroz con leche que con el color de su pelo. Además, habíamos entrado como ladrones en la Casa de Cuento y habíamos subido al dormitorio a inspeccionar las tres camas.

Me levanto de la banqueta en la que estoy sentado, me acerco a Eirin y, fingiendo amenazarla, le digo que soy uno de los osos del cuento, el más grande y peligroso. En realidad, lo único que pasa es que estoy deseando que suba conmigo al altillo; ya no puedo esperar más. Y ella no se asusta, sino que se limita a mirarme indulgente y risueña, como una niña, aunque yo me esfuerzo por parecer enfadado y peligroso.

Aún sentada en la silla junto al plato de arroz con leche, tira de mí para acercarme a ella, como husmeándome intensamente, y susurra: «Mm... simplemente perfecto».

Soplamos las velas de la mesa, cogemos una de las gruesas de la sala y vamos con mucho cuidado hasta la entrada. Aunque no hay nadie más que nosotros de quien cuidarse, no obstante, nos movemos como si de un *ballet* improvisado se tratara, un gracioso *pas de deux*.

Subimos la escalera del dormitorio balanceándonos, y allí probamos las tres camas, una tras otra, antes de que, una hora después, nos tapemos con una manta y nos quedemos dormidos en una de ellas, la que es dura y suave, ideal para dormir, simplemente perfecta. En cada una de las tres camas me alivio del desfallecimiento que sentí cuando salimos del agua y vi a Eirin por primera vez.

Justo antes de dormirnos, agotados de ternura y deseo, Eirin me tira del pelo y dice que esta cabaña que hemos ocupado es realmente una casa de cuento.

He salido a tomar un poco el aire. Está oscureciendo, pero todavía se ve claramente una raya rojiza al oeste, como un lejano saludo de aquel rojo jersey desaliñado de los tiempos prehistóricos.

La laguna está oscura y ha adquirido un tono sombrío.

Hay algo insondable en esa clase de lagunas, algo paradójico. En pleno día pueden ser muy luminosas y azules, optimistas y sencillas, y en cambio negras y amenazadoras al llegar la noche, como profundas hondonadas en el tiempo, agujeros negros con una gravitación tan fuerte que atraen todo hacia ellas.

Llevo mucho tiempo escribiendo y escribo con la mano derecha. Y, sin embargo, es la mano izquierda la que siento rígida y torpe. Intento sacudirla, pero no sirve de nada. Desde hace unas semanas he podido ver con mis propios ojos que está más delgada y más floja que la mano derecha.

Eirin, ¿verdad que hablamos un poco de esto de camino al aeropuerto hace apenas una semana?

Este invierno ya fui a la consulta de Marianne a que me viera la mano. En el transcurso de poco tiempo los dedos se me habían quedado rígidos e inmóviles. Marianne inició la exploración con una serie de análisis de sangre y me mandó además a que me hicieran una resonancia magnética del cerebro y otra de la médula. En ninguna de las dos se veía nada malo. Con ello, Marianne pudo en ese momento darme una pequeña conferencia sobre todas las enfermedades que yo no tenía, y que no eran pocas, de modo que esa consulta, en el fondo, fue esperanzadora. No obstante, Marianne no podía excluir una variante de párkinson, pero, en todo caso, era demasiado pronto para poder constatarlo. Al final, como ya sabes, me mandó al neurólogo. Ahí nos quedamos cuando te fuiste, en que yo al día siguiente iba a ir al hospital general.

¿Te acuerdas? Creo que te acordarás cuando leas esto...

Pronto tuve que sobrepasar un punto que no habíamos cruzado. Ninguno de los dos habíamos pensado en la posibilidad de que nos ocurriera algo grave mientras tú estabas fuera, pero tampoco teníamos ninguna razón para estar preocupados, porque nadie me había comentado que los resultados de las pruebas pudieran indicar una enfermedad grave; para nada. Estabas a punto de emprender un largo viaje, ibas a estar bastante tiempo fuera y había muchas cosas agradables de las que hablar. Por ejemplo, de qué íbamos a comprar para el cumpleaños de Sarah, que era solo un par de días después de que tú volvieras de Australia.

No obstante, creo que te comenté que el hospital general me daría una especie de respuesta, un informe. Y de repente llama Marianne...

Aquí estoy, solo frente a todo. También es una buena sensación. Invita a cierta libertad. Tengo que tomar una decisión por mi cuenta y riesgo. Pero cuando lo haga, será por los dos; por los cinco, quiero decir.

Los años pueden resultar imprevisibles mientras uno se encuentra en medio de ellos, como intentando seguir a tientas hacia delante, hacia un futuro desconocido, pero, si uno piensa en esos años *a posteriori*, puede parecer que han pasado a una velocidad vertiginosa.

Vivir con una proyección de futuro implica necesariamente cierta indecisión, cierta mirada evasiva; si no, es fácil perder de vista oportunidades y posibilidades importantes. Uno mira, por tanto, a derecha e izquierda teniendo que tomar en todo momento una serie de decisiones improvisadas.

Esto no ocurre con las miradas retrospectivas. Tu mirada no vaga cuando miras hacia atrás. Los recuerdos tan solo se mueven hacia arriba y hacia abajo a lo largo de ese camino vital, tal y como resultó ser.

Un día, casi diez años después de haber allanado la casa del bosque, el verano en que Christian empieza el colegio, y por lo demás una época en la que Eirin y yo no nos llevamos demasiado bien, descubrimos un pequeño anuncio en el periódico con una foto de la Casa de Cuento. ¡Está en venta!

Hace ya tiempo que Eirin terminó su máster en Biología de Aguas Dulces. En ese momento trabaja de investigadora en el Instituto Noruego de la Investigación de Aguas, a menudo he bromeado con que se inspiró en Glitretjern para la elección de su tema. Yo, por mi parte, llevo algunos años trabajando de profesor de inglés e historia en un instituto.

Nos ponemos en contacto con el agente inmobiliario, que a su vez nos facilita el teléfono del vendedor para que lo llamemos si queremos ir a ver la casa.

¡Jamás olvidaré aquella conversación telefónica!

Es Eirin la que llama, pero yo estoy junto a ella, abrazado a su cintura. Oigo todo lo que dice el propietario por el auricular.

¡Espesgard! Creo recordar que se llamaba Knut Espesgard...

Eirin queda con él para ver la casa, y, sin interrumpirlo, deja que el hombre la informe sobre dónde tenemos que desviarnos de la carretera principal para llegar a Kringelen, dónde podemos aparcar el coche en el lindero del bosque y, no menos importante, cómo subir a pie hasta Glitretjern y la cabaña roja; el sendero está bien señalado y solo hay uno.

El hombre hace además algún comentario sobre las cuestas empinadas, casi como disculpándose, algo que Eirin maneja con elegancia —diciendo que estamos en forma y que seguro que aguantaremos las cuestas— mientras me mira y me guiña un ojo con fuerza.

No desvela que ya hemos subido antes esas cuestas.

Estamos en pleno verano y vamos con Christian.

Supongo que ya le hemos dicho que sus padres tal vez compran una cabaña en el bosque, junto a una pequeña laguna, y quizá también que la cabaña se llama «la Casa de Cuento», pero ya no recuerdo si el nombre se mencionó antes de subir a verla. Solo sé que Eirin y yo llevamos años hablando de la Casa de Cuento, nuestro primer nido de amor.

Sin embargo, esa primavera y ese verano las semanas habían transcurrido sin que nadie hubiese mencionado la Casa de Cuento ni hubiese hecho insinuaciones sobre encuentros de amor apasionados en el altillo aquella noche de septiembre, un tema que hasta hace poco todavía nos excitaba.

Casi de un modo ritual, Eirin busca el jersey de lana roja ahora que vamos a volver a Glitretjern. Creo que no lo he visto desde nuestra escapada de hace diez años, un año aproximadamente antes de que nos fuéramos a vivir juntos a un minúsculo piso en el barrio de Kampen. ¡Y que el jersey rojo exista todavía, intacto...!

También llegamos a Kringelen en el mismo coche. Mi suegro acaba de comprarse un coche nuevo —un Audi esta vez—, y nosotros hemos heredado el viejo Volvo, o, mejor dicho, nos lo ha dado a cambio de unos frascos de mermelada de frambuesa ártica; en otra palabras, muy barato, ya que pronto empieza otra vez la temporada de frambuesas árticas y tal vez había ya en las tierras pantanosas de alrededor de Glitretjern —Eirin recuerda haberlas visto por allí aquel día de septiembre de hace casi diez años—.

La subida hasta la cabaña resulta inolvidable. Ya en el sendero, durante las dos horas que tardamos, ahora que vamos también con Christian, tenemos la sensación de estar a punto de tomar una decisión para el futuro, una decisión importante.

Hace calor y llevamos poca ropa. Los matalobos y los geranios silvestres crecen en espesas matas, y los abejorros zumban entre las flores violetas, muy ocupados con su labor de polinización. Por algunos sitios tenemos que vadear por los helechos y arándanos, y Christian coge un ramo de ranúnculos y agita las flores amarillas debajo de la barbilla de mamá para ver si le gusta la mantequilla.

Estar en un entorno natural como este con un niño de siete años es como soltar un becerro en un pasto de verano. También Eirin y yo andamos ahora muy decididos juntos.

Estás disfrutando de lo lindo, Christian, e, igual que tus padres diez años antes, no paras de hablar. Caminas todo ese largo trecho sin hacer ni un solo comentario negativo a tanta cuesta arriba. Te dejamos que vayas delante y decimos que eres el guía de la familia.

No sé si recuerdas aquel día en que viste la Casa de Cuento por primera vez.

Ya hemos llegado a la casa roja. ¡Han pasado diez años!

¿Qué son diez años?

Por aquel entonces teníamos diecinueve y hacía solo una semana que nos conocíamos.

Si no hubiera sido porque tú y yo nos hicimos novios, ese viejo episodio no habría significado gran cosa. Simplemente hicimos una travesura y seguro que tanto Eirin como yo habríamos vivido historias parecidas con otra pareja. Yo, por mi parte, pienso en Marianne, claro —no ha habido otras—, y ni siquiera recuerdo cómo se llamaba el ex de Eirin; no ha significado nada.

Ahora habíamos vuelto a aquel lugar y ya éramos una pequeña familia.

Damos unos golpecitos en la puerta de la cabaña y nadie contesta, pero está medio abierta, así que la empujamos y entramos.

Como por arte de magia hemos vuelto a la pequeña sala de vigas de madera del cuento, porque ¡también ahora la cabaña está vacía!

¿Dónde está el dueño?

Por la ventana que da al oeste, la que abrimos aquel día para contemplar las vistas y ante la cual estoy escribiendo ahora, veo a un hombre que llega remando hasta la orilla. Cogemos a Christian, salimos a toda prisa y vamos adonde está el hombre.

Creo que nos sentimos un poco incómodos por haber entrado una vez más en la casa sin permiso. Pero con un niño de siete años corriendo entre los dos no es algo que podamos guardar como un secreto de familia.

Los niños son más sinceros que los adultos. Al menos más cotillas.

El propietario es algo mayor que nosotros. Primero saluda a Christian de una manera que muestra con toda claridad que él también tiene hijos.

Hay en él algo casi familiar, como si lo conociéramos de antes. Tiene una cara amable y nos escruta con una mirada profunda. Eirin dirá luego que los ojos del hombre eran de color azul cobalto —dejo esa descripción bajo su responsabilidad—.

Eirin y yo teníamos, al menos, un recuerdo agradable de ese verano, que había sido algo turbulento. Un domingo, una de las veces que intentamos volver a hablarnos, cogimos el coche y fuimos a Modum Blaaifarveværk, que en el siglo XIX cubría el 80 por ciento de la demanda mundial de azul cobalto, sobre todo la de China y Japón. Resultaba curioso pensar que algo tan exótico como la porcelana china azul y blanca había dependido durante muchos años del cobalto de las minas de un pequeño pueblo de la provincia de Buskerud.

Nos quedamos fuera, entre la laguna y la casa, y el propietario alaba la tranquilidad del lugar; por aquí viene muy poca gente, dice, pero casi a diario se pueden contemplar corzos y alces; zorros y liebres; armiños y nutrias.

Nos acercamos a la cabaña, el objeto de la venta, porque la laguna no está en venta, pero la casa cuenta con un terreno de mil metros cuadrados.

Mientras Knut habla —era así como se llamaba, ¿no? ¿Knut?—, me pongo a palpar unas pequeñas imperfecciones de la madera, junto a la puerta, y entonces el hombre abre los ojos de par en par. Cuenta que solo hubo una vez que alguien forzó la puerta. Pero lo hicieron con mucha delicadeza, añade.

El hombre no recuerda bien por qué, es algo que ocurrió hace diez años, pero dedujo que tuvieron que ser dos ladrones y que solo buscarían un sitio para pasar la noche; se sirvieron algo de comida no perecedera de la despensa, y usaron las camas, pero, por lo demás, la cabaña estaba intacta.

Me siento un poco incómodo, en arenas movedizas. Eirin se da cuenta, porque esa noche se queja de que miento fatal. Se coloca entre el dueño y yo y dice que de todos modos le parece que estuvo mal lo que hicieron esos dos que forzaron la puerta.

El hombre se encoge de hombros y comenta que lo considera una minucia. Pero, claro, dice para acabar, si hubiesen dejado uno o dos billetes de cincuenta coronas como agradecimiento por la estancia, habría sido una manera de saldar cuentas. Además, se les había ido un poco la mano con el pie de cabra, y, al menos, podrían haber fregado los platos, cucharas y vasos, antes de marcharse sin más.

Con estas palabras le toca a Eirin en su punto débil. Ella siempre ha aborrecido las chapuzas. Pero los dos nos acordamos de que aquel día nos asustamos por los ruidos que hicieron unas cornejas alrededor de un caballete para serrar cerca de la leñera. Tuvimos miedo de que fuera

gente y salimos pitando.

Veo estremecerse el bonito cuerpo de Eirin bajo el jersey rojo. Eirin nunca ha podido olvidar que salimos huyendo dejando aquello sin fregar.

Tú, Christian, escuchas con mucha atención. Luego, bajando las cuestas camino del coche, quieres saber si pensamos comprar la casa del bosque. Pero lo que más te interesa es lo que el hombre acaba de contar acerca de esos que se metieron sin permiso en la cabaña. Querías saber más sobre los ladrones (¿Eran peligrosos? ¿Podrían volver?).

Cuando leas esto, comprenderás por qué Eirin y yo no fuimos capaces de contarte que los ladrones eran tus padres y que habíamos sido nosotros los que diez años atrás forzamos la puerta de la Casa de Cuento con un pie de cabra, que en aquella ocasión fuimos lo que algunos llaman gamberros o delincuentes juveniles.

Cuanto más tiempo esperáramos para contártelo, más tendríamos que disculparnos por no haberte contado todo sobre esa casa que compramos. Tú te hiciste mayor y era como si nuestra omisión se fuera quedando relegada. Cuando June nació teníamos la sensación de que era demasiado tarde para subsanarlo, y esa actitud se repitió con la llegada de Sarah.

Cuando una postergación de esa clase se ha hecho duradera y se ha orquestado durante generaciones, tiene que quedar tal cual.

Este texto será, por tanto, la excepción que confirma la regla. Me encuentro ante la despedida más importante de mi vida y no siento ya ninguna necesidad de ocultar nada.

En los días siguientes, Eirin y yo bromeábamos con que tal vez nos harían una pequeña rebaja en el precio de la cabaña gracias a la historia de cuando entramos en ella, obviamente no por los desperfectos del marco de la puerta, sino porque podíamos temer que algo parecido se repitiera en ese solitario lugar, y eso podía restarle valor a la cabaña.

Nadie más pujó, pero, si hubiera sido necesario, seguramente habríamos estado dispuestos a pagar más del doble del que acabó siendo el precio de compra acordado. Aunque Eirin y yo estábamos todavía en la fase inicial de préstamos —tanto para los estudios como para la casa—, en aquella época ya teníamos algo más de lo estrictamente necesario, y para cualquier otro posible comprador la casita no habría tenido el mismo valor sentimental que tenía para nosotros.

Habíamos saboreado ya la casa. Por nosotros el precio podría haber sido más alto o más bajo; creo que yo opinaba que era algo elevado, teniendo en cuenta las cuestiones puramente prácticas, pero a Eirin le parecía una ganga. Mencionaba el terreno incluido en la compra, y quizá pensara especialmente en la laguna, aunque eso es algo que jamás ha querido admitir. *A posteriori*, acabamos estando de acuerdo en que el precio estaba bien, en que era simplemente perfecto.

También el momento de la compra fue muy oportuno. No podría haber sido mejor que el hecho de que justo aquel verano se nos brindara una nueva oportunidad.

En el transcurso de los últimos meses no nos habíamos visto mucho, excepto en las comidas ineludibles, sentados uno a cada lado de la mesa de la cocina, alternándonos para hacer preguntas a Christian sobre lo que había hecho en la guardería. Nos turnábamos para acostarlo por las noches, mientras el otro aprovechaba para ausentarse de la casa.

Eirin se había perdido por completo dentro de microscopios y placas de Petri. También yo empecé poco a poco a mirar en una dirección distinta a la suya. Pero con la Casa de Cuento

nuestra relación se reavivó. Empezamos a mirarnos de nuevo y a pasar más tiempo juntos.

Recuerdo que felicité a Eirin por tener ya una laguna propia en la que investigar. Yo, por mi parte, me puse enseguida a construir la pequeña alcoba.

Jamás olvidaré la primera noche que volvimos a dormir aquí, en nuestra propia casa. Nos tomamos una botella de champán, algo en sí no muy notable, pero sí que lo era el que se tratara de una botella mágnam.

Hablamos de lo ocurrido diez años atrás. ¡Cuánto nos reímos!

Las nornas habían tejido los hilos del destino, y ahora éramos nosotros los dueños del lugar. El pasado, el presente y el futuro se habían fundido en una unidad superior.

Todo era muy extraño y generaba buenos sentimientos. Hacía muchos meses que no nos reíamos juntos.

Christian nunca nos ha pedido ninguna explicación de por qué la cabaña se llama «la Casa de Cuento». Así se ha llamado siempre, desde el primer día, y, conforme el niño crecía e iba haciendo preguntas, daba por sentado que el nombre iba con la compra. Pero en las escrituras pone un nombre totalmente distinto: «Glitrevik».

Christian heredará estas escrituras cuando ni Eirin ni yo estemos ya aquí. Entonces se preguntará por qué siempre hablábamos de la cabaña como de la Casa de Cuento. Bueno, si opto por dejar aquí este escrito cuando dé por terminada esta visita mía a la cabaña, tal vez la última, él obtendrá por fin la respuesta.

Mientras escribo esto, es ya noche cerrada. Estoy sentado delante de la ventana que da al oeste, pero ya no distingo el contorno de la laguna. Como no hay luna, no veo absolutamente nada. Pero lo que sí sé después de tantos años es que la laguna suele aparecer en el cristal de la ventana, donde vislumbro un pequeño hormigero de puntos luminosos.

Podría pensarse que esos puntitos luminosos se encontraran en el cristal de la ventana o que fueran reflejos de la vela que tengo delante, en la mesa, pero son las estrellas del cielo que se reflejan en la superficie del agua, y por primera vez se me ocurre que la oscura laguna puede haber tomado su nombre del modo que brilla por la noche, como una luminiscencia expandida de otra realidad, y no del agua que durante el día resplandece con el brillo del sol.

He dado unas fatigosas vueltas por la salita y he echado un vistazo a la alcoba que construí al fondo de la misma el primer verano que pasamos aquí. Christian dormía en el altillo, y Eirin y yo teníamos ese apartado para nosotros solos.

Me quedé un buen rato delante de la librería mirando todos los libros que hemos reunido en el transcurso de varias décadas.

De la misma manera que los anillos de crecimiento de los árboles tienen dos tonos, la mayor parte de los libros de nuestra librería pueden dividirse en dos categorías.

Una la constituyen mis libros de astrofísica. Uno de ellos me lo regalaron para mi cumpleaños hace unos años. Me pareció entonces una hazaña por parte de Eirin haberlo encontrado, porque acababa de salir, pero ella había descubierto una reseña en una revista científica y lo encargó por Amazon. Está escrito por el físico inglés Paul Davies, y se titula *Cosmic Jackpot: Why Our Universe is Just Right for Life?* Durante días no levanté la vista de ese libro. Ahora lo abro y veo en la primera página una dedicatoria escrita a mano: «Al cosmólogo que hay en ti, de Eirin»... Sigo delante de la librería hojeando el libro de Stephen Hawking *The Universe in a Nutshell*, con todas sus valiosas ilustraciones. Lo saco de la librería y lo dejo sobre la mesa antes de ser capaz de hojearlo. En total hay quince libros de esa clase en la estantería. Los cuento.

La otra categoría la componen los libros de Eirin sobre muchas cosas, desde pájaros, insectos, setas, bayas, flores y árboles hasta algas, sanguijuelas y pulgas acuáticas; en total, dieciocho libros.

Aparte de sus libros y los míos, que son los anillos de crecimiento del tronco, hay un reducido número de novelas casuales y un par de biografías, además de algunas ediciones de *Quién Qué Dónde*. Libros todos cogidos al azar, pienso. No dicen nada de nosotros.

A lo que más tiempo dedico es a los viejos libros de la cabaña, tres en total. Los coloco delante de mí en la mesa.

En ellos han escrito, dibujado y pintado tres generaciones. También hemos pegado varias fotos, pero solo en los dos más antiguos, antes de la época de las cámaras digitales, cuando aún se hacían copias en papel de las fotos.

Leo una dedicatoria de Sarah, fechada el 22 de marzo de 2008:

Anoche, el abuelo y yo estábamos fuera bajo la luz de la luna hablando sobre el Universo. Había luna llena. Y era Viernes Santo. Hoy es Sábado de Gloria, así que tendremos que averiguar si ha pasado por aquí el conejo de Pascua. Claro que sé que lo del conejo de Pascua es solo un invento de los mayores. Por eso no es tan misterioso, pero es muy divertido encontrar un huevo de Pascua. El mundo es misterioso. El abuelo me contó que el Universo empezó con un pequeño huevo que estalló. Y nadie sabe quién puso ese huevo, nadie. Al menos no fue un conejo de Pascua. No hay rastro de conejos de Pascua en el espacio. Además, los conejos no ponen huevos.

Inclinado sobre la mesa sonrío emocionado. Mi guapa y lista Sarah, pienso. «No hay rastro de conejos de Pascua en el espacio». Noto que se me humedece la visión, como si estuviera mirando bajo el agua.

Hojeando hacia atrás el primer libro llego a la primera página. La dedicatoria lleva fecha 10 de octubre de 1982, y está escrita por Eirin:

Querido libro:

¡Y pensar que hemos conseguido comprar la Casa de Cuento! Ahora ya es nuestra y solo nuestra. Nos instalamos el 10 de agosto, justo a tiempo para acostumbrarnos a vivir aquí antes de que Christian empezara el colegio. Ya hace exactamente dos meses; Christian lleva ya muchas semanas yendo al colegio. Ahora hemos pasado aquí unos días de vacaciones de otoño muy agradables. El bosque tiene una espléndida frescura en esta época —¡y es un bosque tan viejo!— con todos los colores, sabores y olores de la temporada (setas, bayas, brezo...). Lo hemos pasado maravillosamente bien. ¡Incluso hay frambuesas árticas! Hemos llegado con el otoño bastante avanzado como para poder disfrutar de ellas, aunque aún no ha helado por la noche. Enseguida reparé en ello. La mayor parte de las bayas se las han comido sin duda los tordos, pues no hay nada que indique que hayan venido seres humanos a cogerlas. ¡Ahora sabemos dónde encontrar frambuesas árticas el año que viene! Tendremos que venir un fin de semana o dos a finales de agosto con cubos y baldes...

Me leo toda esa primera epístola que Eirin escribió en el libro de la cabaña un día de octubre de 1982; el detallado informe ocupa cuatro páginas enteras. No voy a reproducir aquí mucho más, pero destacaré un par de frases: «La primera parte de esta primavera y verano ha sido un poco acribillada para Albert y para mí. Y lo mismo para los tres en cuanto familia. Pero a partir de ahora iremos juntos hacia nuevas alturas, mirando al futuro con ilusión...».

Había olvidado que Eirin escribió esas frases en el libro de la cabaña. ¿«Acribillada»?

¿En qué estaba pensando exactamente cuando escribió esas líneas? Nunca le he preguntado qué quería decir. Jamás me he atrevido a preguntárselo.

Me doy cuenta de lo poco que sabíamos el uno del otro durante esos pocos meses, el estado de excepción, y noto ahora, casi veintisiete años después, cómo llega a inquietarme todavía. Pero tal vez compartíamos un deseo común de no hurgar demasiado en los quehaceres del otro aquella primavera.

¿Aunque «compartíamos un deseo común»? Sería más correcto escribir que yo tenía mis razones para no querer remover lo sucedido aquellas semanas cuando por fin habían terminado. Y tal vez ella tuviera las suyas.

Aquí y ahora debo pedir perdón por haber abusado del nuevo libro de la cabaña, el número cuatro.

Hasta que no hube encendido fuego en las estufas no me di cuenta de que no me había traído papel para escribir, y eso que me vine a la Casa de Cuento sobre todo con ese fin.

Aquí nunca hemos tenido electricidad, ni siquiera un pequeño panel solar. Seguro que habría sido práctico. No es que decidiéramos no comprar un panel solar como manifestación de autenticidad, quiero decir, pero ni Eirin ni yo nos hemos traído jamás a la cabaña ni máquina de escribir ni ordenador, no solo por falta de electricidad, sino porque regía una especie de prohibición de escribir.

Cuando venimos a la Casa de Cuento estamos en la naturaleza y por un tiempo limitado nos damos de baja de la cultura, de lo mundano.

Esta es la única vez que he venido con el fin de aislarme y escribir, de escribiros a los cuatro, al mismo tiempo que me escribo a mí mismo.

Y, si me hubiera traído el ordenador, tampoco me habría servido de mucho —solo puedo trabajar con una mano...—.

No hace más que unas horas que recibí la explicación definitiva de por qué mi mano izquierda está aparcada. Y más que eso: supe por qué no puedo aplazar la tarea de escribir. Puede que sea cuestión de semanas que la mano derecha se quede tan inestable y débil como la izquierda.

Pienso de nuevo en Marianne, en todo lo que me dijo, en todo eso que con tanta facilidad logró expresar con palabras. Me pareció que sobrepasó con mucho el límite del deber de un médico de cabecera. Fue como si asumiera a la vez el papel de sacerdote y el de cónyuge. Me acarició las manos, no solo la mano enferma, sino también la sana. En el transcurso de unos segundos consiguió que perdiera la cabeza. Lo sentí como una especie de lobotomía.

Hay algo en lo que tengo que profundizar y entender. Y algo que he de decidir. Debo tomar una decisión difícil, pero tiene que ser una decisión bien meditada, no puede ser impulsiva. La decisión que tome va a resultar igual de difícil si elijo un final u otro.

Para resumir: Tengo que decidir si voy a seguir vivo o no mañana por la noche. Si todo ha acabado en el transcurso de las horas que tengo por delante, este escrito tendrá que considerarse como un último adiós. Por tanto, me esforzaré por incluir todo lo que deseo contar, todo aquello de lo que me despido, y, si es posible, un pequeño pero amargo núcleo que siento mucha necesidad de confesar y saldar, sobre todo ante Eirin.

Pues sí, Eirin. Hay algo que no te he contado...

Sobre todo, es importante para mí que me acompañéis en mi razonamiento. Solo de esa manera podréis participar en mi intento de entender por qué elijo la solución que por fin elija.

El libro de la cabaña estaba como siempre, sobre la mesa del comedor. Las últimas visitantes de otoño fueron June y Sarah, y ellas son las únicas que han escrito en este flamante volumen. Pasasteis aquí unos días en septiembre, mientras Christian se quedó en Oslo para acabar un plano que tenía pendiente.

Sarah dibujó unos cisnes deslizándose majestuosos por el agua de la laguna de Glitretjern. Se me hizo un nudo en la garganta al ver ese dibujo tan bonito y me resultó especialmente amargo

tener que robar el espacio restante del libro. Pero necesitaba algo en donde escribir. Y, como tantos pensamientos míos se dirigen hacia vosotros, creo que a mucho de lo que escribo tal vez le corresponda estar precisamente aquí. Se ha escrito ya de muchas cosas buenas y muchas cosas malas en estos libros.

Un par de cisnes en el lago de un bosque podría servir de símbolo de algo eterno, o de algo eternamente joven, y el dibujo de Sarah me hace pensar en un paseo otoñal en un bote de remos que hicimos Eirin y yo hace muchos años, antes de que Sarah naciera, incluso antes de que Christian y June se conocieran.

La que rema es Eirin. En medio de la laguna deja lentamente los remos en el bote, inspira hondo y mira a su alrededor, a la corona de frondosos árboles de colores llameantes que rodean la laguna. Sobre todo, son abedules, pero también álamos, sauces, cerezos alisos y serbales. Es como si absorbiera el entorno, no solo el entorno exterior, sino también el tiempo, esos segundos, ese momento.

Recuerdo de repente aquella vez en los tiempos prehistóricos, la primera vez que remamos en esta laguna. También en aquel momento se apoderó de Eirin una repentina seriedad.

¿Una melancolía?

Era un aspecto suyo que yo no había visto a menudo.

Ahora exclama casi jadeante: ¡Esta es la eternidad, Albert!

Clava su mirada en mí y dice: ¡No existe otra eternidad!

Y se echa a llorar, solloza muy afligida. Me inclino sobre ella, intento abrazarla, pero casi hago volcar el bote y tengo que volver a sentarme en el banco del que me acabo de levantar.

Agarro los remos y remo hacia atrás, hacia la orilla.

Cuando amarramos la barca, Eirin ha dejado de llorar y en la manera en la que intenta disimular noto que no debo tirarle de la lengua para averiguar lo que le ocurrió de repente.

Porque, mientras subimos a la cabaña, señala hacia el agua y dice en un tono casi alegre, aunque es una alegría fingida, que una laguna con todas sus calas y cabos en realidad constituye en sí misma algo infinito. Porque ¿cuál es el perímetro en metros o en kilómetros?

Eso depende por completo de cómo lo midas, precisa Eirin, o de lo minucioso que seas al medirlo, de lo preciso que sea el instrumento de medición.

¿Vas a rodear cada cala, cada piedrecita de la orilla, a entrar y salir de cada oquedad de la piedra? Bueno, ¿y por qué no?

Incluso en cada microscópica oquedad de una piedra, o en los restos de una vieja rama o palo pululan organismos vivos.

Se queda reflexionando. Por fin dice, como con dureza: «Aunque esta laguna fuera el mundo entero, todo lo que existe, a mí me habría bastado si hubiera podido estar aquí siempre».

Me mira y abre los ojos de par en par. ¿Se va a echar a llorar de nuevo?

¿Está angustiada?

Descubro un aspecto de ella que no comprendo. Pero la conozco tan bien que opto por no preguntar.

Continúo hablando de la laguna. Ahora me toca a mí disimular y ella no me interrumpe.

Digo algo como que Glitretjern en realidad no podría ser más pequeña de lo que es, porque entonces no sería una laguna, sino solo una poza o una charca. Y tampoco podría ser más grande. Porque entonces no sería solo nuestra laguna, sino todo un lago rodeado de un montón de cabañas, y el lugar sería además un destino atractivo para pescadores y bañistas.

Concluimos que Glitretjern es ideal para nosotros, simplemente perfecta. Solo hay una cabaña, una barca y una pequeña familia, y no se puede llegar hasta aquí ni en coche ni en bicicleta. Por supuesto, excursionistas a pie pueden caminar por los senderos de la zona —nosotros lo hemos

hecho—, y en invierno se ve a veces gente en esquís por la laguna.

En este momento se me viene a la cabeza una noche en que asistimos a una ruidosa fiesta en un enorme chalé del exquisito barrio de Bygdøy. Estamos rodeados de personas con las que no solemos tratar, diría de la alta burguesía, gente con la que ya no tenemos mucho contacto.

Las copas tintinean y yo estoy un poco ebrio, supongo, al menos es lo que me dice Eirin al día siguiente, y, aunque no soy ni armador ni inversor inmobiliario, sino solo un pobre profesor de instituto, siento cierta necesidad de subrayar que nosotros también somos propietarios de algo maravilloso.

Estamos sentados cómodamente en un elegante sofá, creo recordar que de color mostaza, y rodeo a Eirin con un brazo, mientras comento que poseemos una finca forestal con laguna para pescar.

Es verdad que en la laguna hay tanto percas como truchas, ya lo sabéis, pero decir que éramos propietarios de un «lago para pescar» era exagerar un poco, supongo.

Además, Glitretjern no era nuestra. Pero sí éramos propietarios de una barca de remos. Estaba incluida en el precio de compra.

Y, como comentó Eirin en el taxi volviendo a casa, ninguno de los invitados se habría referido a la Casa de Cuento como una «finca forestal».

¿Por qué no había dicho que teníamos nuestra casita de cuento junto a una laguna en las profundidades de un bosque de frondosos árboles?

¿No era eso mucho más maravilloso que una «finca forestal»?

Eirin tenía razón, claro que sí, y por eso voy a volver ahora al cuento de Ricitos de Oro.

O no. Teniendo en cuenta la situación, me siento obligado a meterme detrás de ese cuento que todos conocemos. Quiero decir, detrás de la fachada.

También los cuentos pueden tener decorosas fachadas que no hacen sino ocultar un fondo más oscuro, y a veces también un posible abismo.

Tanto Christian como Sarah han crecido con mis cuentos sobre Ricitos de Oro y los tres osos. Digo «cuentos», porque me atrevo a decir que no he contado exactamente la misma historia dos veces. Siempre he ido añadiendo detalles, y cada vez he construido la narración con trayectorias muy distintas.

Pero todo esto ya lo sabéis.

Por eso Sarah me dice: «¿Me cuentas cosas sobre Ricitos de Oro, abuelo?». O: «¡Háblame de Ricitos de Oro, abuelo!».

Ella sabe que, si accedo, escuchará una historia que tendrá algunos elementos completamente nuevos, y la emoción consiste justo en lo que hoy es nuevo y distinto. Se pone muy contenta cuando escucha algo por primera vez.

Sarah me mira y sonrío como solo ella sabe sonreír, como con clemencia o condescendencia; algo de esa sonrisa lo ha heredado de Eirin.

El desarrollo del cuento, de una ocasión a otra, dependía, en gran parte, de mi estado de ánimo el día en cuestión, y de lo que me interesara en ese momento —de lo bueno y de lo malo, tendría que añadir—. Nuestra vida no siempre evoluciona con la misma facilidad que un cuentecito de buenas noches.

He dicho que ahora me iba a meter «detrás del cuento».

El núcleo del cuento —de la manera en la que se suele contar hoy; antes de mis retoques, quiero decir— consiste en tres osos que viven en una casita en lo profundo del bosque. Son mamá osa, papá oso y bebé oso. Mamá osa ha hecho arroz con leche para el desayuno, y, mientras dan un paseo por el bosque esperando que se enfríe para poder comérselo, llega a la casa la pequeña Ricitos de Oro. También ella está dando un paseo y, además, muy lejos de su casa. Como la puerta está entornada, Ricitos se apresura a entrar. El resto de la historia ya la conocemos. Ricitos se come la ración de arroz del bebé oso porque está a la temperatura justa, simplemente perfecta; se sienta en la silla del bebé oso porque es simplemente perfecta para ella, ¡aunque, al sentarse, la rompe!; y se acuesta en la camita del bebé oso porque no es ni demasiado dura ni demasiado blanda, sino simplemente perfecta. (¡Mientras escribo, me doy cuenta de lo exigente que es Ricitos de Oro!). Y, bueno, el final es este: Ricitos de Oro se despierta y se asusta al ver a tres osos inclinados sobre ella. Se levanta de la cama de un salto, baja corriendo la escalera y se aleja de la casa del bosque tan deprisa como puede.

Bueno. Pero esa no es la historia original. Hay otra historia detrás de esa —al dorso, se podría decir—, y no es tan tierna como ese cuento que todos conocemos tan bien y que toda la familia llevamos dentro.

La estructura de la historia original es la misma, pero tiene un fondo más oscuro. También tiene otros personajes.

Cuando estudié inglés en la universidad, investigué un poco sobre esta materia. Quería encontrar los orígenes del popular cuento sobre Ricitos de Oro, o *Goldilocks*, que es como se titula en inglés, porque se reproduce en un sinfín de variantes.

The story of the three bears, impresa por primera vez en 1837, fue escrita por el poeta Robert Southey.

En esta versión, los osos no son unos simpáticos mamá osa, papá oso y el pequeño bebé oso, sino simplemente tres «osos», tres hombretones solteros, más o menos robustos, que viven juntos en una casita del bosque.

Mientras dan un paseo esperando que el arroz se enfríe, llega a la casa una vieja desaliñada. Desde el primer momento queda claro que no se trata de una viejecita buena, porque enseguida se pone a mirar por la ventana y por el ojo de la cerradura para ver si hay alguien en la casa y, al no ver a nadie, abre la puerta y entra sin más.

La vieja fea se come el arroz del oso más pequeño, rompe su silla al sentarse en ella, y al final se echa a dormir en su cama.

Cuando los tres osos vuelven del paseo, el oso más pequeño descubre que la sucia cabeza de la vieja reposa sobre su almohada, y exclama: «¡Alguien se ha acostado en mi cama, y todavía sigue en ella!».

En ese momento la vieja se levanta de la cama de un salto y se tira por la ventana abierta. Tal vez se rompiera la nuca al caer. El cuento lo menciona como una posibilidad. O puede que la mujer corriera hacia el bosque y desapareciera.

Puede que se ahogara en una oscura laguna...

También esta primera versión impresa de la historia sobre los tres osos tiene una prehistoria, al estar basada en un cuento popular en el que la que se mete en la casa de los tres osos es una zorra (en inglés, *vixen*, pero esta misma palabra también se usa para «bruja»).

Muchos opinan que, cuando era niño, Southey oiría el cuento oral sobre la zorra que se metió en la casa de los tres osos, y entonces se imaginaría que se trataba de una bruja...

Sentado frente a la ventana mirando fijamente hacia la noche, con dos velas encendidas en la mesa delante de mí, me imagino en este momento que fue justamente por esta ventana por la que se tiró la bruja fea y tal vez se ahogara en la oscura laguna.

No vacilo un instante en admitir que en este punto mi imaginación es capaz de sorprenderme a mí mismo, porque en el cuento la bruja se precipita por la ventana del dormitorio del piso de arriba, y nosotros también tenemos un dormitorio en el piso de arriba, aunque no hay ventana, sino solo un pequeño tragaluz bajo el caballete de la pared que da al sur. Y, sin embargo, existen muchas otras razones para que me imagine ahora que tuvo que ser justo en esta Casa de Cuento en la que se metió la bruja.

Noto como si la laguna tirara de mí. Es como si la bruja me arrastrara tras ella...

Siempre, desde la primera vez que Eirin y yo estuvimos aquí, hace casi cuarenta años, en cierto modo mi vida ha estado relacionada con el cuento de Ricitos de Oro y los tres osos. Hasta ahora he preferido guardar para mí la variante fea del cuento, pero sabía que algún día también esa variante tendría que emerger a la superficie.

Así es la vida del ser humano: ¡Érase una vez... y llegará una noche!

Ahora se trata de la noche.

Porque vengo de ver a Marianne, eso era lo que iba a decir. Fue ella la que me ahuyentó al bosque.

Me llama unos días después de que Eirin se fuera a Melbourne. Estoy en el trabajo, pero tengo una hora libre, y estoy sentado en la sala de profesores tomando café con un par de colegas; hablamos del tremendo terremoto ocurrido en Italia hace unos días, con cientos de muertos y más de cien mil personas que se han quedado sin hogar. Uno de mis colegas estuvo hace tiempo viviendo unos meses en L'Aquila, la ciudad más afectada por el terremoto.

—¿Albert?

—¿Hola?

—Soy Marianne...

—Ya.

—¿Puedes hablar ahora?

—¿Hablar?

—Me gustaría verte. ¿Podrías venir hoy?

—¿Para qué?

—Hay algo de lo que quiero hablar contigo, en la consulta.

—Tengo un par de clases más.

—¿Puedes llegar antes de las cuatro?

—¿No quieres decirme de qué se trata?

—Sí, Albert, es justo lo que quiero, pero aquí, en mi consulta.

Echo la mirada atrás y veo a Marianne como la novia de mi juventud. En el transcurso de unos segundos revivo nuestra antigua intimidad.

Muchos años después tuvo lugar un episodio que no es un buen recuerdo. Eirin no sabe nada de esto, pero ha llegado el momento; tal vez esté expirando el último plazo.

Voy mal de tiempo. De repente se trata de una cuestión de vida o muerte, y no se miente ante las estrellas. No tengo intención de largarme de este planeta dejando atrás una gran mentira.

Por esa razón también esto lo anoto en el libro. No quiero someterme ya a censura alguna. Sin embargo, tampoco garantizo que vaya a dejar tras mis pasos el libro cuando me levante y abandone la Casa de Cuento, sea mañana por la mañana o esta noche. Mientras escribía he echado de vez en cuando una mirada a la estufa de leña...

Marianne y yo nos encontramos por casualidad en Slottsbakken («la cuesta del palacio»), después de llevar sin vernos casi diez años. Fue en mayo del año que compramos la Casa de Cuento, es decir, en aquella época en que las cosas no iban muy bien entre Eirin y yo.

En aquel momento tenía la sensación de que a Eirin lo único que le importaba era su excelencia en el laboratorio y en el ámbito profesional. La poca energía que le sobraba más allá de su carrera de investigadora la guardaba para Christian; a él no le falló nunca.

Por eso me alegré mucho cuando una tarde de repente vi a Marianne subiendo por Slottsbakken. Venía derecha hacia mí, tan lozana ¡y tan cálida! Sobre todo, me prestó atención; me miraba a los ojos mientras hablábamos.

¿En realidad por qué la dejé?

Tomamos una copa de vino blanco en el Invernadero del Hotel Bristol, y otra copa más antes de que, con las mejillas encendidas, la acompañase a su piso del barrio de Homansbyen. Me ha invitado a otra copa allí. Esa noche no me toca a mí acostar a Christian.

Y recuperamos lo que tuvimos diez años atrás, antes de que yo conociera a Eirin junto a la máquina de café en el edificio de Sophus Bugge de la Universidad.

La nueva relación con Marianne dura unas semanas, hasta que casi me ahogo de vergüenza y arrepentimiento, o tal vez sobre todo de miedo a perder a Christian y a Eirin.

Cuando compramos la Casa de Cuento —he estado a punto de escribir «cuando la recuperamos»— no tuve valor para contarle a Eirin lo que había sucedido poco tiempo antes. Tenía miedo de volver a echar a perder lo que ahora estábamos reconstruyendo con tanto optimismo. No obstante, tampoco me puse a tirarle de la lengua a Eirin para averiguar por dónde se había movido los últimos meses, o con quién se había visto en esas conferencias celebradas en hoteles. Yo estaba impaciente por empezar de nuevo totalmente desde cero. Deseaba ardientemente volver con Eirin. La echaba de menos.

Hoy me avergüenzo, no obstante, de no haber saldado las cuentas hace mucho tiempo. Porque no es del todo cierto lo que dijo Eirin sobre mi incapacidad de mentir.

Pero, volviendo a Marianne, ¿qué querrá ahora de mí?

También estoy pensando en las pruebas neurológicas, claro está; en algo que llaman «electromiografía»; creo que le mencioné ese término tan intrincado a Eirin en el coche camino del aeropuerto, sin que en ese momento tuviera la más remota idea de lo que esa palabra significaba o de lo que implicaba. La remisión al hospital general llegó cuando, además de la mustia mano izquierda, había empezado a sentir pequeños e irritantes temblores en la parte superior del brazo.

Para decir la verdad, la prueba fue bastante dolorosa, y la neuróloga que me examinó ya comentó algo sobre la constatación de algunas lesiones características en las fibras nerviosas, pero yo no pregunté qué conclusiones diagnósticas podía sacar de aquello, y ella se dio bastante prisa en subrayar que pronto tendría noticias de mi médico de cabecera.

Y, sin embargo, cuando Marianne me llama durante mi jornada de trabajo, no pienso en lo peor, en absoluto. Nunca se me ha ocurrido buscar en Google las peores explicaciones imaginables de mis síntomas; algunos de esos síntomas sí he tenido, como cuando tuve herpes, o cuando casi no veía con un ojo y me tuvieron que operar de cataratas.

Puede que se deba a un mecanismo de defensa, pero me irrito por que Marianne quiera verme en su consulta enseguida, sin demora, y por que sea tan estricta en no querer decirme por qué. Hace mucho tiempo fuimos íntimos, unidos en la adversidad y en la fortuna, de un modo casi infantil entonces, a finales de la adolescencia.

Mis pensamientos retroceden de nuevo hasta un pasado lejano. ¿Qué está tramando? Tiene que dejar atrás lo nuestro de una vez por todas.

Es la médica de cabecera tanto de Eirin como mía desde hace años, ocho para ser exactos.

Cuando nos mudamos al barrio en el que Marianne llevaba muchos años con su consulta en un ambulatorio, llegamos a la conclusión de que tal vez fuera buena idea solicitar tenerla de médico de cabecera: ella gozaba de mucho prestigio profesional y curiosamente a Eirin no le importaba que Marianne y yo hubiéramos sido novios. «¡Bah!», decía. «¡Novios de niños!».

Pero sus cuentas no encajaban del todo. Unos años antes Marianne y yo habíamos vuelto a intimar...

Me puse derecho, como si mi sentido de la realidad volviera a despertar para orientarme de nuevo. Ese tono tan afilado tal vez se debiera al papel de médico de Marianne. Me quiere allí enseguida como paciente, no para recordar abrazos juveniles.

Los médicos pueden tener cierta tendencia a ser irritablemente testarudos y autosuficientes, más o menos como esos altivos rectores o jefes de Policía sentados detrás de sus grandes escritorios llenos de correspondencia, reclamaciones, volantes y poderes.

Pienso que puede haber llegado la hora de cambiarme de médico de cabecera. Y se me ocurre que también puede ser oportuno hacerlo debido a una posible confusión de roles, aunque hayan transcurrido casi treinta años desde que no desempeñe otro papel con ella que el de paciente.

Sin embargo, después de la última clase de hoy, que ha sido una conferencia en la que les he hablado a veinticinco adolescentes de dieciocho años sobre la Revolución francesa, en particular sobre Olympe de Gouges, que fue guillotizada por Robespierre por exigir los mismos derechos civiles para las mujeres que para los hombres, me meto en el coche, a pesar de todo, y me dirijo al centro médico.

Quiero acabar cuanto antes con esos sinsabores. Le diré lo que opino, que voy a cambiar de médico de cabecera. Siento como un alivio por haberlo decidido antes de verla. Seguro que piensa mandarme más pruebas, pero será lo último que Marianne haga por mí.

Resulta casi conmovedor, por no decir extraño, cuánto se ha preocupado por mi dolorida mano izquierda. Lo más probable es que esa flojera que me ha molestado durante todo el invierno desaparezca por su cuenta, y, si son los primeros síntomas del párkinson, podré vivir con ello.

Me presento en la recepción a las cuatro menos un minuto, digo que no tengo cita, pero que Marianne quiere «verme en la consulta».

«Estoy convocado», digo bromeando, «o llamado, o llamado al orden», añado risueño. La joven que me atiende me parece muy guapa y amable.

Mientras hablo, se le ensombrece la cara —así lo interpreto yo—. Es como si estuviera preparada para recibirme. No me pregunta ni el nombre ni la fecha de nacimiento, sino que salta sin más de esa ridícula jaula de cristal en la que está sentada y llama a la puerta de Marianne, que al parecer está atendiendo a un paciente. Sin embargo, asoma la cabeza, sonriente y efusiva como siempre. Me pide que espere unos minutos.

Me siento a esperar en un sofá gris. Me da tiempo a hojear el periódico *Dag og Tid* y a observar unos minutos a los peces dorados del acuario, hasta que el otro paciente sale de la consulta y, unos segundos después, Marianne me hace entrar.

Para resumir —aunque la consulta no se alarga mucho—, Marianne me presenta el diagnóstico más terrible imaginable. Debido a los dedos entumecidos de la mano izquierda yo temía tener que enfrentarme al diagnóstico de la enfermedad de Parkinson —al menos se me había pasado por la

cabeza—. Pero ahora me cuenta la verdad: no es eso lo que tengo. También hay otra enfermedad que puede empezar manifestándose de modo asimétrico con pérdida de destreza y dedos entumecidos en una mano. Tengo esclerosis lateral amiotrófica (ELA).

Marianne no para de darme explicaciones. Me mandó a que me hicieran una «electromiografía» en el hospital general precisamente para excluir este diagnóstico tan poco frecuente.

«Voy a ser sincera contigo», me dice: «por desgracia se trata de un diagnóstico definitivo. Los resultados han sido analizados por especialistas de dos hospitales diferentes, ambos médicos jefes muy competentes, no cabe duda».

Me explica la diferencia entre las células motoras y las células sensoriales. Las células nerviosas motoras envían señales desde el sistema nervioso central al cuerpo, dirigiendo así los músculos y los movimientos. Esos son los nervios dirigidos por la voluntad, que, en mi caso, serán completamente destruidos y conducirán a la atrofia muscular. En cambio, los nervios sensoriales, que envían señales al sistema nervioso central, no serán atacados por la enfermedad. Las impresiones sensoriales —tales como la sensibilidad de la piel, la vista, el olfato y el oído— no se verán afectadas, ni, por lo tanto, seguramente tampoco las funciones cognitivas ni el sistema nervioso autónomo, que dirige los órganos internos, tales como las funciones intestinales y de la vejiga. Solo son atacados los nervios «dirigidos por la voluntad». El corazón, por tanto, se libra, porque los latidos del corazón no están dirigidos por la voluntad. En cambio, sí podemos dejar de respirar (por ejemplo, cuando nos sumergimos bajo el agua). La respiración, entonces, sí está dirigida por la voluntad, aunque también respiramos cuando dormimos. Mi función respiratoria irá disminuyendo de manera gradual, y me moriré cuando la respiración deje de funcionar.

Etcétera, etcétera. Marianne comenta algo poco alentador sobre los «pronósticos»; un tratamiento con medicamentos tal vez pueda retrasar el desarrollo de la enfermedad, dice —al menos me parece recordar que lo dijo—. Describe un posible desarrollo de la enfermedad, e incluso me cuenta que la enfermedad no afectará a la potencia sexual —como si eso tuviera importancia cuando voy a quedarme sin fuerza en todas las demás extremidades—. Me pronostica de uno a tres años de vida y, cuando indago en el asunto, admite que menos del 50 por ciento de los pacientes vive año y medio después de habersele diagnosticado la enfermedad.

Pero mantendremos un estrecho diálogo, me asegura. Habla de «medicina paliativa»; no te mueres ya con dolores, ni siquiera con una angustia insoportable. Pero si eso es magnífico, pienso, hoy en día el temor y el temblor pueden eliminarse con toda elegancia con medicamentos. Ella no se expresa exactamente así, pero es lo que quiere decir...

Me la quedo mirando, estupefacto. Tengo la sensación de ser testigo de un *sketch* de mal gusto. ¡Cómo disfruta de su profesionalidad! ¡Cómo se revuelca en compasión! ¡Cómo nada en compasión!

«Payasa», pienso. Hace décadas que no nos acostamos. Pero ella es capaz de estar aquí conmigo como si hubiera sido ayer, porque no se comporta de una manera entrañable, sino más bien íntima. Un par de veces, mientras me consuela y se lamenta, me coge las manos y casi las acaricia, hasta que yo las retiro lentamente, después de haber constatado que lo cierto es que tengo la misma sensibilidad en las dos manos, tanto en la mala como en la buena.

Estoy enfadado, pero noto a la vez que tengo una erección, una reacción tan paradójica como embarazosa, muy inoportuna, y aun así soy incapaz de controlarme, incapaz de controlar el cerebro de reptil. La circunstancia no está dirigida por la voluntad; eso es lo que ella misma acaba

de decir; fue ella la que sacó el tema de la potencia sexual. Me temo que va a darse cuenta del estado en el que me encuentro, porque durante muchos segundos me dejó llevar indecentemente, ridículo, y de repente es como si ella bajara la vista antes de volver a mirarme con unos ojos indulgentes, pero brillantes y tristes.

¿Está ya lista para el triste epílogo? ¿También en el borde de la cama tal vez?

«Mantendremos un estrecho diálogo...». ¡Sic!

Pero no me quedo sentado escuchándola. No quiero seguir participando en ese juego, ni de coña. Me parece que se está comportando de un modo asqueroso y, en cuanto puedo, con el honor intacto, me levanto de la silla en la que estoy sentado y salgo por la puerta sin mirar atrás.

Me siento humillado, pisoteado. Porque de repente me doy cuenta de algo: la situación en la que me encuentro tiene algo que ver con la dignidad o con la pérdida de la misma. Tiene que haber sido ante esa pérdida ante lo que he reaccionado de un modo tan paradójico, tal vez combinado con un perverso deseo de que Marianne pierda el equilibrio, la compostura. De todos modos, ya había quedado arrinconada cualquier clase de decencia.

Recuerdo cómo solía gemir cuando se corría. ¿O solo fingía?

¿Y ahora? ¿Estoy obligado a seguir este juego?

¿No soy autónomo? ¿No tengo una libertad elemental? ¿No tengo la suficiente independencia como para darme de baja, evitar el sistema por completo, renunciar a mi afiliación a la sociedad con todo lo que ello conlleva, desde la seguridad social hasta el número de identidad?

Sí, pienso, y ahora es justo eso lo que tenéis que intentar comprender, queridos Eirin, Christian, June y Sarah. Tengo libertad para optar por romper con todo lo que me une a la sociedad y, por mi cuenta, encontrar un camino de vuelta a la naturaleza.

Esto puede, sin problema, limitarse a ser algo entre yo y mis seres más allegados, es decir, vosotros, los que escribimos juntos este libro de la cabaña. Luego está, además, mi relación con el planeta en el que vivo, y con el Universo.

El mensaje que he recibido no cabe en una estéril consulta médica, al menos, no solo. Para mí el mensaje tiene además dimensiones universales. Llevo mucho tiempo orientándome por ese camino, hacia mis orígenes cósmicos.

Adiós, pienso. *So long, Marianne*. Ya no eres relevante. Ha acabado tu papel, ahora también como médico de cabecera.

Hace casi cuarenta años que te quité el sujetador por primera vez, fue difícil y no me ayudaste, pero tampoco intentaste detenerme. En el piso del barrio de Homansbyen la situación era muy distinta. Tú tenías ya otra actitud, ¿se podría llamar actitud ante la vida? Simplemente te quitaste la ropa.

¡No te llamaré! ¡No te llamaré nunca! No mantendremos nunca un «estrecho diálogo» sobre nada de nada.

Y ella me deja ir. Es verdad. Me deja ir.

Fue la tercera vez que dejé a Marianne.

Camino con determinación hacia las escaleras, bajo al *parking* y me meto en el coche. Me quedo sentado al volante, tapándome la cara con las manos durante uno o dos segundos, luego arranco el motor y subo la espiral hacia la salida. Noto lo débil y torpe que está mi mano izquierda sobre el volante.

Pero sé adónde iré. Tomo el mando. A partir de ahora decido yo.

Primero pasaré por Joker y compraré un pan, un queso y una lata de jamón. De repente me apetecen pepinillos en vinagre.

Se me ocurre por un momento la idea de pasar por casa y coger una botella de alcohol, pero rechazo dicha idea. No me voy a ahogar en ningún fluido paliativo, ni de coña. Solo sería patético, y ahora hay algo dentro de mí que bufá.

¿No era «dignidad» la palabra clave?

Pienso además que me queda un trabajo por hacer, que tiene que hacerse esta tarde y esta noche, porque el horizonte ha quedado de repente limitado.

Lo que se vaya a hacer tendrá que ser antes de que Eirin vuelva de Australia. Porque para entonces estará en marcha todo el circo, lágrimas y mocos incluidos. Tal vez sea una idea extraña, pero pienso de repente que incluso la desesperación y el dolor más profundos pueden degenerar con facilidad en algo empalagoso.

Pero yo no necesito participar en esa basura. Eso lo decido yo. Soy lo bastante digno.

Haré cada cosa a su tiempo. En esta situación extrema se me permitirá hacerlo. Puedo permitirme lo que sea.

Antes que nada, hay algo que tengo que escribir, algo para mí mismo.

Para buscar la respuesta a quién soy, tendré que sondear el Universo en profundidad. Me siento obligado a conseguir una visión general de mi propio estado ontológico.

Antes de tomar ninguna iniciativa, tengo que hacer unos cálculos, porque aún no estoy por completo fallo, sino que sigue habiendo algunas alternativas.

Conduzco derecho hacia Kringelen, casi todo el tiempo a veinte o treinta kilómetros por encima del límite de velocidad permitido.

Espero que la policía me pare en un control. No, fantaseo con una condena de veinte años de cárcel. Me sorprende a mí mismo deseando veinte años de cárcel. Podría rogar al juez que me condenara a cadena perpetua, preferiblemente en una pequeña e incómoda celda de alguna de las instituciones carcelarias más severas del país, lejos de las grandes ciudades y de las personas que conozco, y preferiblemente con otros delincuentes, criminales, estafadores y asesinos.

Me imagino que se me permite dirigirme directamente al jurado. ¡Sí, me declaro culpable! Conducía demasiado deprisa, perdí el control debido a la pérdida de fuerza de mi mano y atropellé a una señora mayor. Ella no sobrevivió. ¡Perdónenme, perdónenme! Condénenme, es su deber, pero no a muerte, pues estoy en contra de la pena de muerte como principio; solo pido poder vivir unos meses y años más...

Con la bolsa de la compra colgando de la mano derecha emprendo la subida de una hora hasta la cabaña y la laguna, y, al hacerlo, me deshago de parte de la rabia.

Me resulta inconcebible estar condenado a muerte sin otras señas de discapacidad física que una mano izquierda algo mustia y un par de dedos entumecidos. Dentro de poco, en solo unos meses a partir de ahora, no seré capaz de andar, y luego, poco a poco, iré perdiendo facultades hasta depender de ayuda para absolutamente todo. Volveré a ser como un bebé. Al final no seré capaz de comer, pero me meterán un tubo directo al estómago, un «tubo para sopa», de modo que no moriré de desnutrición. El cuello de la botella será la respiración. En la fase final puede que me conecten a un respirador. También eso dijo Marianne, la muy grosera. Pero no quiero eso, el respirador no, ¡ni hablar!

Lo que dio lugar a las pruebas médicas no fue que yo dijera que me encontraba mal. No me encontraba mal. Fui al médico porque me dolía la mano; eso fue todo. Tendinitis fue lo primero en lo que pensé, aunque era un poco raro que fuera la mano izquierda, ya que escribo y hago casi todo con la otra mano.

Pero a Marianne ese insignificante síntoma le pareció sospechoso y ni siquiera probó dándome un antiinflamatorio. Me palpó la mano y los músculos de todo el brazo izquierdo. Luego me envió a ese instituto radiológico hipermoderno con paredes y techos blanquísimos, un lugar desagradable; tuve unas nauseabundas asociaciones con la escenografía de una vieja representación de la obra *A puerta cerrada*, de Sartre.

No fue mucho mejor la sala de espera de la policlínica del hospital general unas semanas después: ¿Albert? ¡Pase, por favor!

Es primavera en el bosque, el sendero está casi despejado de nieve hasta arriba del todo, aunque todavía hay montones en las hondonadas entre los árboles. Veo tusilagos. A pesar de no haber casi nieve en el bosque, el sotobosque está mojado, y no llevo botas —vengo directamente del trabajo, con zapatos negros de ciudad—. Pero en la Casa de Cuento me esperan botas secas y

seguro que también calcetines.

El bosque no resulta hospitalario en esta época del año. Todo está frío y húmedo. En la aguada hojarasca del año pasado le doy una patada a un ratón muerto, y, unos metros más allá, a otro pequeño roedor que tal vez muriera en la helada antes de que la nieve cuajara. En cambio, cuando llego arriba, el sol de la tarde brilla en un cielo despejado, y la laguna resplandece.

Oigo cantar al mirlo negro por primera vez este año. El alegre canto suena como el polo opuesto a mi estado de ánimo, aunque el canto del pájaro también puede interpretarse de un modo elegiaco, como una canción triste pero resignada.

Muy por encima de la laguna y de las desnudas copas de los árboles pasa un grupo de gansos que migran hacia el norte, un grupo casi perfecto desde el punto de vista geométrico en su formación simétrica de arado. Yo, por mi parte, estoy ahora asimétrico, no perfecto. Me pregunto cómo estaré cuando los gansos vuelvan a pasar de camino al sur.

Pienso en todos los años transcurridos. Hace treinta y siete años que Eirin y yo estuvimos aquí por primera vez. Ya hemos vivido una larga vida. Y no somos los únicos que no vivimos eternamente.

No obstante, este día ha llegado muy de repente. Aún no he tenido tiempo de tranquilizarme y aceptar que pronto debo estar listo para despedirme de todo, de absolutamente todo.

Se ha acabado, pienso; tal vez el destino se cumpla mucho antes de que lo haga por vía natural, y necesariamente con un buen margen, porque dentro de poco habré perdido toda mi fuerza dirigida por la voluntad.

Resultaría para mí una pesadilla llegar a una situación en la que hubiera perdido la capacidad de dirigir mi destino con mis propias manos. ¡Qué situación tan insoportable saber que también para eso es ya demasiado tarde!

Ese es mi temor. Esa es la impotencia que temo.

Meto la barca en el agua, le doy la vuelta con la mano derecha, ayudándome con la pierna izquierda, y abro la puerta de la cabaña. Durante todos estos años la llave ha estado en la guantera del coche.

No es la primera vez que uno de nosotros sube de manera espontánea a la Casa de Cuento. Lo hizo Eirin cuando murió su madre, es decir, la abuela, o la bisabuela de Sarah. Necesitaba estar algún tiempo sola.

Dejo abierta la puerta mientras abro las contraventanas y enciendo el fuego en las estufas. Consigo sujetar la caja de cerillas con la mano izquierda mientras enciendo una.

Dentro de la cabaña el aire está viciado y húmedo. Hago fuego y ventilo a la vez. Barro las moscas muertas de los alféizares —también ellas han sido criaturas vivas como yo—.

Se supone que voy a escribir. Porque hay algo que he de decidir, he de tomar una postura. Es algo que tengo que decidir yo; no son ni Marianne ni las autoridades sanitarias las que van a decidir por mí, y tal vez tampoco vosotros, mi familia.

Con el fin de sondear el terreno, tendré que fijar algunos pensamientos en el papel.

Pero ¡papel!, ¿dónde encuentro papel?

Aunque no me pasé por casa a coger una botella de whisky, al menos podría haber ido a buscar algunas hojas para escribir, aunque seguro que también tenían en Joker.

Descubro el libro de la cabaña en la mesa del comedor, donde se encuentra ese tesoro siempre

cuando llegamos y al recoger para marcharnos. Ahora lo considero casi un botín. Puedo constatar que la mayor parte de las páginas están en blanco —no hace mucho que tuvimos que comprar uno nuevo—.

Cojo este último volumen de la mismísima crónica de la familia y me siento junto a la ventana con vistas a la laguna y a la puesta de sol.

Y aquí me encuentro todavía, pero ya es noche cerrada fuera. Ya quedan menos hojas en blanco en el libro de la cabaña.

¿Qué es un ser humano? Esa es la cuestión.

¿Estamos aquí de pura casualidad?

¿Se nos puede relacionar con algo que no sea ni física ni química?

Echo un vistazo por la ventana e intuyo cómo el cielo estrellado se refleja en Glitretjern. Ahora la noche me atrae hacia ella.

Llevo muchas horas sentado delante de esta ventana y siento deseos de estar a cielo abierto. Tal vez eso me ofrezca más que la visita a la consulta de Marianne.

Me pongo un jersey gordo y un gorro y, al abrir la puerta y salir, siento como si abriera la puerta a mi propio hogar, a mi propio salón cósmico.

Me encuentro fuera bajo el techo del cielo y contemplo una misteriosa multitud de estrellas.

Además, si bajo la vista, puedo ver el firmamento reflejado en Glitretjern, que en cierto modo duplica la bóveda celeste. Es como si por la noche la laguna alcanzara una profundidad de varios miles de años luz.

La visibilidad es estupenda, y las condiciones para profundas inmersiones astronómicas son óptimas. No hay luna, ni tampoco contaminación lumínica.

He soplado todas las velas de la Casa de Cuento, pero llevo una pequeña linterna en la mano derecha. Ahora está apagada, y me siento casi religioso.

¡Cuántas veces Eirin y yo hemos estado aquí fuera temblando de alborozo mezclado con temor, de veneración ante todo lo que no comprendemos!

El año pasado en Semana Santa Sarah y yo estuvimos aquí, pero entonces había luna, y la luz de luna creaba un ambiente de embrujo en el bosque, junto a la laguna, haciendo sombra al inescrutable cielo nocturno y, a la vez, a lo aterrador y abrumador de los abismos del agua.

Lo que contemplo por encima de las desnudas copas de los abedules es poderoso, majestuoso.

¡Qué magnitud, qué esplendor!

Pero allí fuera no encuentro ninguna eternidad a la que agarrarme. Allí no encuentro ninguna dimensión conciliadora. Solo unos fuegos artificiales cósmicos de estrellas y muertes de estrellas, nieblas de estrellas y formación de nuevas estrellas.

Supongo que de los dos soy el que más intensamente ha contemplado la noche del Universo. Soy el de humanidades que se convirtió en astrónomo aficionado. El caso de Eirin es distinto. A ella le resulta más fácil posar la mirada en nuestro propio planeta. Tiene una visión más aguda para todo lo que aquí vive y se mueve.

Pero existen unos raros puntos de intersección en los que nuestras dos coordenadas se encuentran, unos minuciosos puntos de contacto entre mi vuelo hacia las esferas celestes y la minuciosa y realista investigación de Eirin de las formas de vida. ¡Pensar que un microorganismo,

una bacteria azul verdosa, ha recibido su nombre: *Nostoc eirinae*! Creo que, con sus ojos de glaciador, ella merecía descubrir un día una nueva especie de bacteria azul verdosa. Aunque «nueva», lo que se dice nueva...: estamos hablando de especies que se encuentran entre los organismos más antiguos del planeta, que debido a la fotosíntesis contribuyeron poco a poco a crear una atmósfera que contenía oxígeno, lo cual es, como sabemos, una de las condiciones necesarias para la aparición de otras formas de vida, como la nuestra.

Según los astronautas, vivimos en un planeta de piedra que se encuentra en la llamada «zona Ricitos de Oro» alrededor de un sol del Universo, es decir, en la zona habitable. Aquí no hace demasiado frío para que pueda nacer y crecer la vida, ni tampoco demasiado calor; es simplemente perfecto. Aquí hace calor y frío en su justa medida para que pueda haber agua líquida en abundancia. En un contexto cósmico, una condición así es una exquisita rareza.

Cuando los astrónomos de hoy buscan vida en el Universo, es precisamente agua lo que buscan. Y, si algún día se topan con otro privilegiado planeta de piedra como el nuestro, con susurrantes arroyos, anchos ríos y profundos y enigmáticos mares, es decir, en la zona Ricitos de Oro alrededor de una estrella, y no encuentran vida en él, se sorprenderán más de lo que se hubieran sorprendido si ese planeta estuviera plagado de organismos vivos.

No obstante, vida puede ser muchas cosas. Tal vez haya una variada multitud de distintos tipos de microbios en un sinnúmero de astros en el Universo. Y, recordad: ¡uno de esos microbios lleva el nombre de mi mujer! Sin embargo, el camino desde los microorganismos hasta la vida inteligente puede ser muy largo, tan largo que quizá los seres humanos seamos los únicos que lo hayamos recorrido.

Ese era el tipo de cuestiones que nos planteábamos Sarah y yo el año pasado en Semana Santa, cuando estuvimos fuera, bajo la luz de la luna. Entonces ella solo tenía once años.

En este momento estoy otra vez sentado dentro escribiendo. Recuerdo que Christian y yo tuvimos una conversación parecida cuando él tenía más o menos la misma edad que Sarah tiene ahora.

Christian me preguntó si había vida en otros planetas del espacio. Era en la década de los ochenta, antes de que se descubrieran algunos de los llamados exoplanetas, es decir, planetas que se encuentran fuera de nuestro sistema solar. En nuestros días se está registrando un número creciente de ellos, y la NASA ha hecho pública recientemente, por primera vez, la foto de uno de esos planetas.

Con el nuevo telescopio espacial Kepler, que fue puesto en órbita alrededor del Sol hace solo unas semanas, en los próximos años podremos llegar a descubrir centenares o tal vez incluso mil de esos nuevos mundos. El telescopio Kepler se ha construido específicamente para buscar planetas parecidos a la Tierra alrededor de estrellas como la nuestra, y en particular planetas que se encuentren en la zona habitable alrededor de su sol, donde las condiciones sean «simplemente perfectas» para albergar la vida tal y como la conocemos...

«¿Hay vida en otros planetas?», preguntó Christian, a sus doce años, levantando la vista para mirarme.

Supongo que me limité a sacudir la cabeza y a contestar que no lo sabía.

Christian fue incapaz de ocultar su decepción ante mi ignorancia. Entonces añadí: «Pero intenta imaginar que el Universo bulle de vida en todas sus formas imaginables...».

El chico abrió los ojos de par en par y exclamó: «¡Guay!».

Yo respondí: «Muy bien, Christian. Ahora intenta imaginar justo lo contrario: que solo existe vida en nuestro planeta (al menos, que los seres pensantes, como nosotros, solo existen en nuestro planeta...).».

Christian volvió a mirarme. «¡Guay!», exclamó.

Las dos perspectivas le resultaban igual de impresionantes. En cierto modo, la una reforzaba la otra.

Y creo que, desde que me hizo esa pregunta que en realidad no supe responder, Christian empezó a vivir con mayor intensidad lo que conlleva ser un humano en la Tierra.

Al menos él siempre volvía a esa conversación.

Me pregunto cuánto más habremos averiguado sobre el gran misterio del mundo cuando Sarah tenga la edad que Christian tiene hoy.

O cuando tenga los mismos años que Eirin y yo tenemos ahora.

Hoy creo que la respuesta más probable a la pregunta de Christian tiene que ser que la vida es una expresión esencial de la naturaleza de este Universo. No sé exactamente por qué, pero aquí y ahora este reconocimiento me duele.

Pues no voy a participar en la continuación de ese enigmático viaje...

¡Qué vacuo se siente ser coronado rey o emperador el día de tu muerte!

Aunque los planetas de piedra en la zona Ricitos de Oro, alrededor de una estrella relativamente estable, son muy raros, como un puñado de diamantes esparcidos por un desierto interminable, tal vez en «el gran estallido», hace 13.700 millones de años, estuviera previsto que antes o después surgiera vida aquí. Y quizá también que surgieran organismos como yo. Yo soy uno de esos diamantes, sumamente raro y valioso, casi indeciblemente costoso, y en todo caso deslumbrante, comparado con ese desierto cósmico que me rodea.

Pero ¿importa eso? ¿Acaso puedo deleitarme con ese milagro ahora?

Estoy a punto de ser refundido. Voy a volver al desierto; voy a volver a la naturaleza sin vida.

Busco un sentido desde otro enfoque. Aunque puede que el enfoque sea el mismo, solo que ahora yo esté sondeando a más profundidad.

Voy a rozar, nada menos, el núcleo mismo del misterio de la vida y, con ello, voy a tocar un tema de astrofísica, que últimamente me interesa cada vez más, desde que me sumergí en el estudio *Cosmic Jackpot: Why Our Universe is Just Right for Life?*, de Paul Davies. Luego he seguido leyendo sobre esta temática.

¿Cómo surgieron los átomos? De ellos están hechos tanto los cuerpos celestes como nuestro propio cuerpo.

Pero los átomos —y las moléculas y macromoléculas— no son necesariamente producto de un *big bang*; nada de eso. Algo tan sencillo como un átomo de hidrógeno no es menos milagroso que un león o un elefante. O, expresado en palabras algo distintas: El camino que va de cualquier *big bang* hasta los átomos del sistema periódico constituye tal vez un salto más grande que el camino desde los átomos hasta mí, que estoy aquí sentado esta noche apropiándome de lo que queda de este libro de la cabaña.

Bueno, voy a explicarme. No es que Sarah tenga que perderse en estos galimatías del abuelo —de verdad que no—, y tal vez tampoco vosotros, los adultos.

No obstante, para mí significa mucho conseguir esta noche poner palabras a la gran paradoja, la más grande del Universo, antes de tomar una decisión, antes de la elección final entre dos males.

Porque ya no siento que estoy aquí pensando a solas. Ahora siento cada vez más que pienso y escribo en nombre de todo el Universo.

Si desde el primer momento este Universo hubiese estado afinado de un modo un poco diferente, lo más probable es que hubiese colapsado en una fracción de segundo después del estallido, o habría permanecido desierto y vacío, sin que se creara ni un solo átomo.

Uno puede pensar que este tipo de malogrados universos surgen cada dos por tres; eso ni siquiera resulta improbable. Pero perecen ya al instante siguiente o permanecen monstruosamente estériles. No se les permite seguir el viaje. No dan origen ni a átomos, ni a estrellas, ni a elefantes, y, claro está, tampoco a esta clase de aflicciones que en este momento estoy anotando en el libro de la cabaña.

¿Qué quiero decir con esto? ¿Y por qué es tan importante para mí? ¡Esperad! Os pondré un par de ejemplos de lo que se trata.

Si no fuera porque desde el primer momento este Universo tuvo por casualidad una pizca más de materia que de antimateria —lo cual es un verdadero misterio en sí mismo—, el Universo entero se habría disuelto, exterminado, o aniquilado, como dicen los físicos, y habría sucedido solo un instante después de la gran explosión.

Si la fuerza nuclear llamada fuerte hubiera sido solo una pizca más débil, el Universo entero habría estado compuesto de hidrógeno, y entonces la vida no habría tenido ninguna posibilidad, ni tampoco la Tierra ni la Luna. Ni yo. Y, si la fuerza nuclear fuerte hubiera sido solo un poco más fuerte, no habría habido aquí nada de hidrógeno. Pero estrellas y galaxias son impensables sin hidrógeno, y lo mismo ocurre con la vida, naturalmente.

Otro ejemplo más: si la fuerza de gravedad hubiera sido solo una pizca más fuerte, las estrellas como el Sol habrían brillado con más fuerza, quemándose demasiado rápido para que hubiese habido tiempo de desarrollarse vida en los cuerpos celestes a su alrededor. Y, si la gravitación hubiese sido solo una pizca más débil, tal vez nunca habrían surgido supernovas, con su manantial de átomos más pesados, y las posibilidades de la vida como nosotros la conocemos habrían sido mucho menores.

Las cuatro fuerzas de la naturaleza —gravitación, fuerza nuclear fuerte, fuerza nuclear débil y fuerza electromagnética— están como ensambladas para la vida y para seres pensantes como nosotros. Y podrían haber tenido valores diferentes —en eso casi todos los astrónomos están de acuerdo—. Pero, si la fuerza solo hubiera sido una pizca distinta en uno de estos parámetros, nuestro Universo habría aparecido estéril, sin vida y sin cuerpos celestes. Aunque no sé si la palabra «aparecido» es la correcta, pues un universo así, muerto, no habría tenido, por definición, ningún espectador, por no decir astrónomos.

Nos encontramos en un Universo «sostenible», que también ha resultado fértil. Las fuerzas básicas de la naturaleza y una larga serie de las llamadas constantes de la física eran simplemente perfectas para que los átomos, las estrellas y nosotros pudiéramos surgir.

¡El Universo como tal se encuentra, por tanto, en una zona Ricitos de Oro! Era desde el principio adecuado para átomos y moléculas, estrellas y planetas. Y, por tanto, para seres como

nosotros.

Solo de pensar en ello me mareo por lo sabiamente organizado que está este mundo del que estoy a punto de despedirme. Aunque, bueno, emplear la palabra «sabiamente» tal vez sea una elección tendenciosa, ya que casi indica que existe una instancia «sabia» detrás de las leyes de la física, un «diseñador» inteligente detrás de todo.

Una alternativa es, como ya se ha mencionado, que constantemente surja un sinfín de universos como burbujas aisladas en un llamado «multiverso», pero que la gran mayoría de ellos sean inestables y estén condenados a la perdición porque carecen de los valores «correctos», de los valores simplemente perfectos. Son papeletas perdedoras de la lotería del Universo, en la que solo las papeletas ganadoras son visibles, es decir, observables solo por criaturas como nosotros. Y resulta que mi Universo es una papeleta ganadora que estaba preñada de vida, y en última instancia también de su propia reflexión.

A veces nos encontramos con una «reflexión» de esa clase en entrevistas con un infrecuente millonario de la bonoloto. Nunca vemos, en cambio, entrevistas con ninguna persona que no ganara el primer premio de la bonoloto. Los innumerables perdedores son desclasificados en el transcurso de unos segundos durante el propio sorteo.

Pero —casi no me atrevo a mencionarlo—, por otra parte, no podemos excluir la posibilidad de que nuestra existencia, o nuestras facultades mentales, se deban a algo distinto y a algo más que a una casi inconcebible casualidad. No podemos descartar por completo la posibilidad de que, de una manera para nosotros incomprensible, estemos relacionados también con algo distinto de la física y la química. No es impensable que este Universo trate de algo.

¿Por qué me interesa tanto esto ahora? Se puede expresar con una sola palabra: «esperanza».

¿Esperanza de qué? No lo sé; de verdad que no lo sé. Pero sí de algo maravilloso, como, por ejemplo, tropezar en el desierto con un diamante enorme.

Después de tantas perspectivas ilimitadas, necesito un respiro y vuelvo a pensar en lo pasmado que me quedé cuando vi a Eirin en la sala de descanso del edificio de Sophus Bugge aquella mañana de septiembre a principios de los setenta.

Nos estremecimos. ¡Cómo nos estremecimos al encontrarnos!

¿Qué ocurrió realmente? No lo sé, pero algo encajó, algo que era simplemente perfecto.

Quizá nunca habría roto con Marianne si no hubiera conocido a Eirin. Para Marianne y para mí el encuentro con Eirin significó una catástrofe, y nosotros, es decir, Marianne y yo como pareja, quedamos como perdedores. Lo que ocurrió diez años después no fue más que un desagravio.

Fue Marianne la que me llevó a hacer marchas por las montañas de Jotunheimen. Fueron días que jamás olvidaré... Los dos viajamos juntos a Estocolmo a ver *La buena persona de Sezuan*, en el Teatro Nacional, con Lena Granhagen en el papel de Shen Te... Fue Marianne la que me convirtió en espectador de teatro. En Oslo vimos a Shakespeare, Ibsen, Chéjov, Strindberg y Beckett. Y a Bjørneboe, Gombrowicz, Pinter...

Lo recuerdo todo. Recuerdo aquellas funciones de teatro. Estábamos casi siempre cogidos de la mano, y, cuando la cosa se ponía demasiado emocionante o conmovedora, algunas veces demasiado embarazosa, la apretábamos fuerte.

Marianne y yo éramos «hijos de la eternidad». Eso decíamos. Ya no recuerdo en qué sentido. Y tampoco recuerdo quién inventó o usó por primera vez esa expresión. Pero Eirin me resultó irresistible. Fuimos a dar un «laaargo» paseo en coche, y nunca dimos la vuelta.

Me quedo contemplando el anillo de casado. En realidad, es un anillo de compromiso, porque Eirin y yo hicimos algo muy poco correcto políticamente en la década de los setenta: nos comprometimos.

El oro viene de una explosión de supernovas de hace muchos miles de millones de años. Lo que significa que los anillos que llevamos son el resultado de un astro masivo que colapsó. Son restos de ese colapso astral lo que llevamos como garantía de que nos pertenecemos el uno al otro.

No encaja mal, ya que estamos profundamente anclados en las interminables capas de premisas del Universo. También nosotros estamos formados por materia surgida tras esas superexplosiones. Somos polvo de estrellas.

Aunque quizá sea más adecuado decir que somos estrellas fugaces, efímeras ráfagas.

Salimos disparados a la noche del Universo. Y ardemos hasta que se acaba.

He metido más leña en la estufa, oigo las rabiosas chispas y vuelvo a mirar el anillo de compromiso.

Resulta difícil entender que el oro de la explosión de la supernova haya llegado hasta este anillo para que pueda brillar bajo los rayos de nuestro sol, o al resplandor de las dos velas que ahora están delante de mí en la mesa. Aún más inconcebible es que, de hecho, se nos haya ofrecido la capacidad de entender algunas grandes relaciones cósmicas como esas, aunque faltó muy poco para que los seres humanos no recibieran esas extrañas capacidades que han ido evolucionando en el transcurso de millones de años. Me estoy refiriendo al desarrollo de la vida en la Tierra.

Porque también el cerebro humano se encuentra en una zona Ricitos de Oro.

¿También el cerebro? ¿Qué quiero decir con esto?

Nuestro cerebro no podría haber sido más grande de lo que es, porque entonces la mujer no habría sido capaz de parirlo si a la vez tenía que ser capaz de andar erguida sobre dos piernas, lo cual es una condición necesaria, porque, sin poder andar erguidos, no habríamos tenido libres las dos patas delanteras (los brazos), lo que ha sido [el poder tener libres los brazos] una condición necesaria para el desarrollo del cerebro.

Pero el cerebro humano tampoco podría haber sido más pequeño de lo que es. En ese caso, no habríamos podido comunicarnos de un modo racional o no habríamos podido tener un conocimiento aceptable del mundo en el que vivimos. No habríamos sido seres humanos, sino solo un animal cualquiera.

Desde un punto de vista fisiológico esto significa que el cerebro humano se caracteriza por un equilibrio muy ajustado y exacto. La necesidad de un canal de parto lo bastante ancho para que pueda salir por él un cerebro formado se encuentra en precario equilibrio con las condiciones que requiere justo lo contrario, es decir, un canal de parto lo suficientemente estrecho para caminar erguido.

A pesar de todo, el cerebro humano es simplemente perfecto para que la mujer pueda parirlo, y para que nosotros —a pesar de las limitaciones— podamos comprender la naturaleza que nos rodea.

Tenemos un cerebro que encaja perfectamente en el Universo que habitamos. Es tan universal como el Universo mismo, valga la redundancia, y podría haberse llamado la hermana pequeña o el hermano pequeño del Universo. No se puede decir lo mismo del cerebro de un ratón, ni tampoco del de un elefante.

En este sentido, la naturaleza ha estirado los límites al máximo. Porque a lo largo de la historia muchas mujeres han muerto en el sobreparto o por causas directamente relacionadas con el parto, y millones de niños no han sobrevivido a su nacimiento.

Nuestra capacidad de contemplar el Universo con la vista nos ha costado cara. Hemos pagado dinero manchado de sangre para llegar a la Luna, para conquistar una vista panorámica de la historia del planeta y del Universo.

Hemos visto un ejemplo de un parto complicado en nuestra familia. Me refiero, claro está, a

Sarah. Lo ha oído decir muchas veces. El parto de Sarah fue tan dramático que al final tuvo que ser interrumpido y a June le hicieron una cesárea.

En realidad, podemos explicar la historia del Universo desde el gran estallido hasta hoy. Es un gran logro. A la naturaleza le hemos sacado con maña algunos de sus secretos más profundos. Hemos aprendido a distinguir entre sucesos completamente casuales y lo que llamamos «las leyes de la naturaleza».

Lo que quiero decir es que no hay ninguna otra criatura en nuestro planeta que se dedique a reflexionar sobre esa clase de cuestiones. Ni las cornejas, ni los cerdos, ni las ardillas, ni tampoco los elefantes lo hacen. Y quizá ninguna otra criatura del Universo.

Solo nosotros andamos por aquí nombrando distintos animales, especies de pájaros y de plantas. Ordenamos los fenómenos, los clasificamos, y le ponemos nombre a todo lo que existe en la naturaleza y en el Universo. Decimos «sol» y «luna», «acónito» y «ranúnculo».

«Libro de la cabaña», decimos.

Acabo de hojear hacia atrás y he visto el dibujo que hizo Sarah de los dos «cisnes».

También nuestros remotos ancestros sabían dibujar en las paredes de las cuevas o en losas a cielo abierto.

Me pregunto si hay criaturas capaces de reproducir su entorno también en otros cuerpos celestes y no solo aquí, en nuestra Tierra.

¿Adónde quiero llegar con todo esto? Estoy escribiendo sin parar y ahora me pregunto si quedan suficientes páginas para poder terminar mi reflexión. Ya he mencionado que intuyo un hilo rojo, pero no sé adónde me llevará. Ahora empiezo a vislumbrar también esa respuesta.

Hasta aquí he alabado la inteligencia del ser humano. Sin embargo, nuestra capacidad de comprensión tiene a la vez un considerable coste.

No quiero ser aguafiestas, pero esa medalla a la que he sacado brillo también tiene un reverso. Es eso lo que ahora noto. Es ahí donde soplan las tempestades, donde arrasan los huracanes.

Porque puede ser que el cerebro del ser humano sea un poco demasiado grande. No es «simplemente perfecto». Yo diría justo lo contrario. Vemos un poco demasiado en profundidad y en exceso.

Durante casi toda la vida estamos condenados a vivir con la certeza de que todo lo maravilloso que vivimos —una tierra con increíbles formas de vida, un mar con miríadas de distintas formas de vida, un cielo estrellado sobre nuestras cabezas, a miles de millones de años luz en el Universo— nos veremos obligados a abandonarlo tras unos pocos años, y para mí se acerca ya la hora de la liquidación.

Es un precio muy alto el que hay que pagar.

Todos llevamos encima una pesada deuda de la que nadie es capaz de escapar, y ahora el Recaudador en persona está en la puerta con ese feo pagaré en la mano. El préstamo vence. Vence con el mismo importe que el valor nominal.

He podido tomar prestado un mundo entero, y ahora tendré que devolverlo, no en razonables plazos, sino todo a la vez. Aquí he tenido a mi amada, y ahora, ahora tengo que dejarla, sin más. Lo pone en el pagaré. He tenido un amado hijo, una querida nuera y una nieta, Sarah, la niña de mis ojos. Y también he tenido unos cuantos amigos y colegas íntimos y queridos. Y entonces, toma, aquí está todo como me lo dio la vida. ¡Y gracias por prestármelo!

Porque cada rato de felicidad estaba envuelto en una mortaja.

El elefante de la habitación ha sido que nunca estamos en la habitación. No ha habido nunca una existencia, sino solo un embrión, porque no hay nada en el mundo que dure.

¿No sería ese dolor el que sintió Eirin cuando tuvo una pequeña crisis nerviosa durante un paseo otoñal a remo hace muchos años? No existe otra eternidad que una serie de momentos de presencia irremplazable.

Hemos atravesado las estancias como una exhalación, como un viento de mal agüero. Era ese del que jamás hablábamos, ese viento bochornoso y fantasmal. No hay más espíritus que nosotros. No se esconden ningunas sombras al fondo. Eso es lo macabro, no los fantasmas. Lo macabro es que no hay fantasmas ni ningún «otro lugar» de donde los espectros puedan volver.

No solo perdemos un mundo. Nos perdemos a nosotros mismos.

Pronto dejaré de formar parte del equipo, del equipo de la humanidad. Seré expulsado, saldré del juego.

¡Eirin!

¡Christian, June, Sarah!
¡Marianne!
Qué jodido es morirse.

Cuanto más profunda, amplia e intensa sea nuestra vista, mejor sabremos lo que tenemos que devolver. Vamos a firmar el recibí de un mundo entero en el que hemos podido vivir nuestras maravillosas vidas, aquí, donde nos hemos pavoneado de pura alegría de vivir, aunque solo como flores de un día. Y jamás tendremos ocasión de pasar por aquí y volver a saludar.

En lo que se refiere a los seres humanos, solo los cerebros de los niños están adaptados a la alegría de vivir pura y dura y al juego espontáneo tal y como se desarrolla en «los años mágicos», tomando prestada la expresión de un psicólogo infantil norteamericano. Algo se nos rompe por dentro cuando llegamos a cierta edad y dejamos de pertenecer al «pueblo enigmático», tomando prestada la expresión de una canción sueca.

Además de los niños, también existe otro grupo de seres humanos que pueden vivir sus vidas con toda tranquilidad. Me refiero a los muy creyentes, a todos aquellos que están convencidísimos de que una vida mejor los espera después de esta.

La vida en la tierra ha sido como vivir en un sótano estrecho e incómodo. Pero existe otra planta (¡ojalá estuviéramos ya allí!). Esa es la planta real, con sus eternos cuartos de estar, con sus salas elíseas rebosantes de esplendor y belleza.

Estas personas tienen, casi como los niños, una inteligencia que es simplemente perfecta para la alegría de vivir.

Ahora llega la pregunta: ¿Tengo que vivir estos últimos meses de humillación? ¿O me puedo permitir acabar con todo por mi cuenta?

A lo mejor os resulta doloroso tener que enfrentaros a esta pregunta, pero ahora mismo es la opción que me atrae.

No le tengo miedo a la muerte; casi al contrario: llevo por dentro un dolor tan grande de saber que pronto me voy a marchitar y marchar que no sé cuánto tiempo aguantaré vivir con ese dolor. Me produce un gran rechazo pensar en depender de los cuidados y ayuda de otras personas, primero de hora en hora, y luego de minuto en minuto.

Me imagino una existencia en la que seré incapaz de comunicarme con el entorno. También la primavera que viene podré escuchar al mirlo, pero ya no podré volverme para mirarlo e intentar captarlo con la mirada.

Estaré encadenado a mi entorno más cercano y tal vez alguien me podrá sacar en la silla de ruedas para que vea las estrellas. Sin embargo, ya no seré capaz de comentar la bóveda celeste.

Estaré en el mundo, pero seré incapaz de contestar.

Lo peor de todo es la idea de quedar atado a una silla de ruedas, y Eirin inclinándose sobre mí diciendo en voz muy alta que me quiere, porque ha olvidado que a mi oído no le pasa nada. A falta de respuesta, me acariciará la mejilla, pero yo no podré devolverle nada.

Así se dirigirán también a mí Christian, June y Sarah, sin esperar otra respuesta que una mirada errante, como la de dos pajarillos en una jaula...

¡No, nunca!

Se me cruza la oscura idea de remar por la laguna y ahogarme tal vez ya esta noche. Tiene que ser esta noche, porque quizá no vuelva a tener una oportunidad como esta. Nunca he sido buen nadador, y el agua está helada —en varios sitios, alrededor de la laguna, la nieve cae al agua como lenguas de hielo—.

Puedo llenar un viejo impermeable de piedras y acero. Cuando hace un rato salí a contemplar las estrellas, me pasé un instante por el cobertizo y lo iluminé con la linterna para ver qué herramientas había.

¿Qué debo hacer, Eirin?

Estás tan lejos... ¿Te traicionaría si por mi cuenta pusiera fin a esta escena antes de que tú y los demás os veáis envueltos en todo esto?

Hemos pasado tantos días buenos juntos, tantos ratos... ¿No podemos dejarlo así y ya está?

Deseo libraros a todos de un gran peso no arrastrándoos conmigo por esta salida del mundo, primero en silla de ruedas, luego en la cama, y al final conectado a una máquina de respirar y alejado de todo. En cualquier caso, vais a vivir una triste pérdida —de eso no puedo conseguir que os libréis—, pero no hace falta que estéis presentes en la ejecución. Porque es inexorable. Y, si yo no ayudo, se va a realizar a cámara lenta.

Os tendréis los unos a los otros. Y no quiero que os veáis obligados a acompañarme durante meses de miserable humillación, un proceso largo, desgarrador, traumático y doloroso.

¿Podrás entenderme, Eirin? ¿Podrás perdonarme?

Y tú también, Marianne. Quizá leas algún día estas líneas. Que sepas que no doy este paso incitado por ti. Era tu obligación informarme, notificarme los hechos sin tapujos. Debo enfrentarme a ellos y no a la «consulta» que tuvimos en tu despacho esta tarde.

Apelo a la razón de todos vosotros y os pido permiso para acabar mi vida con dignidad mientras aún sea capaz de ello.

Sé que no habría sido posible llevar a cabo mi propósito si no hubiera estado aquí solo. Habría intentado impedírmelo —es un instinto humano—.

Sin embargo, ahora solo estoy yo con la laguna.

En el transcurso de la noche he empezado a dirigirme a la oscura laguna. Por la ventana puedo todavía vislumbrar pálidas motas de estrellas en el espejo del agua.

He empezado a hablarle al agua.

El oscuro ojo de la noche es la muerte misma.

He estado dando vueltas por la Casa de Cuento, intranquilo. He pensado en Eirin, que está en Melbourne. Me pregunto cuántos de los participantes de esa conferencia internacional tendrán una especie bautizada por ellos. Quizá solo Eirin. La idea me excita.

Aquí son las once de la noche (las siete en Melbourne). Pienso en lo fácil que es esconderse del otro con esa diferencia horaria. Podría haber cogido el teléfono y haber intentado llamarla. Pero estoy seguro de que no soy capaz de abrirme a Eirin a una distancia tan larga y con una diferencia horaria tan grande.

Me duele al pensar que ella está tan lejos. Tendríamos que estar en la misma habitación para llegar el uno al otro. Esta noche estamos a un año luz el uno del otro.

Mientras doy vueltas por la casa, me suena el móvil. Es Marianne. No lo cojo. Me mantengo firme. He roto con ella, esta vez con su papel de médico mío, y me mantengo en ello.

No tengo ninguna obligación para con Marianne. Al cabo de un rato, llama de nuevo. A pesar de ello, no contesto.

Unos minutos después me envía un SMS.

Querido Albert: Sé que lo estás pasando muy mal. Es normal aislarse en una situación como esta, o bajar al sótano, como decimos. Entiendo que no quieras hablar conmigo esta noche. Pero ¿no podrías simplemente dar señales de vida? Si lo deseas, puedo reservarte un rato largo mañana, medio día si quieres. Menos mal que está ahí Eirin contigo. Ella es fuerte. Saludos afectuosos, Marianne.

No doy crédito a lo que estoy leyendo. Si en una situación como esta es corriente aislarse, o «bajar al sótano», ¿por qué entonces intenta ponerse en contacto conmigo? ¿Por qué iba yo a «dar señales de vida»? ¿Y cómo puede saber que tengo a Eirin cerca? ¿Qué sabe además Marianne de la fortaleza de Eirin?

Pero, está bien, acepto los pensamientos afectuosos. Noto que se me humedecen los ojos.

Media hora después oigo que llega un nuevo mensaje al móvil. Es de Eirin. Yo sabía que me iba a dar las buenas noches, lo hace todos los días. Esta noche lo estaba temiendo.

¡Queridísimo Albert!: Espero que hayas tenido un buen día. Aquí no hay más que presentaciones, una tras otra, debates y workshops. Mañana voy a presentar la bacteria azul verdosa, me hace mucha ilusión. El PowerPoint es uno de los grandes avances de la tecnología de la comunicación. No estoy nada nerviosa. Ahora tengo que irme corriendo a la conferencia. ¡Que pases una buena noche! Tuya y solo tuya, Eirin.

Rompo a llorar. Tengo que contestar a Eirin y tendré que mantenerme firme para que los sentimientos no se apoderen de mí. Me limitaré a teclear.

Obviamente no puedo decirle que estoy en la Casa de Cuento. ¿A qué iba a venir aquí con la aguanieve de primavera, un miércoles?

De repente me acuerdo de que no he avisado al jefe de estudios de que no me encuentro bien y mañana voy a quedarme en casa. Ni siquiera se me ha ocurrido.

Pienso que no me preocupa. He cortado todo ese tipo de lazos. Ahora le quito el volumen al móvil.

Ya estoy fuera, en la noche de años luz.

¡Buenos días para ti! He tenido un día normal. Ha sido un radiante día de primavera. He visto tusilagos y he escuchado al mirlo. Qué especial es ese canto menor. Tal vez yo mismo sea un poco mirlo. (¡Tú decías que cada persona se corresponde con un pájaro!) Resulta curioso pensar que estás al otro lado del planeta y de día, cuando aquí es ya más de medianoche. ¡Buenas noches! ¡No, no! A pesar de todo, me he olvidado de la diferencia horaria. ¡Por eso solo digo «adiós, Eirin»! Relájate y disfruta con los vinos australianos por las noches. ¡No todos los días estás «down under»! ¡Mucha suerte mañana! Aplaudo a Nostoc eirinae.

24 DE ABRIL

Con la linterna en la mano mala he soltado la barca y me he puesto a remar por la laguna. Llevo ropa vieja de lluvia con los bolsillos llenos de piedras y clavos. También me he atado con gruesas cuerdas hachas y martillos alrededor del cuerpo.

Hace un frío que pela, pero sigue habiendo estrellas tanto arriba en el cielo como en la oscura laguna debajo de la barca.

En medio de la laguna —donde sé que hay mucha profundidad; más o menos donde Eirin tuvo un ataque de llanto aquel día de otoño hace muchos años— me levanto del banco y me tiro al agua fría.

Pequeños destellos de luz centellean en la laguna. No se trata de luminiscencia —eso no existe en el agua dulce—. Es el reflejo de las estrellas, y tengo la sensación de estar sumergiéndome en el pasado y hacia el Universo, mi destino final.

El agua helada se me mete por dentro del impermeable y me atraviesa el cuerpo. Empiezo a sumergirme, metro a metro —tal vez sea el mismo camino por el que se fue la bruja fea del cuento—.

Sé que no hay camino de retorno, y me concilio con esa idea.

Entonces me despierto de pronto en la alcoba. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí; no tengo ni idea.

El ahogamiento en la laguna tiene que haber sido un sueño lúcido. Pero en cierto modo ha sucedido de verdad. He demostrado una capacidad de decisión real y lo vivo como un triunfo, o al menos como un esclarecimiento. He mostrado voluntad y valor para tomar las riendas del destino. Busco con la mano la linterna, la enciendo y miro mi reloj de pulsera. Son las cuatro de la madrugada. Cuento rápidamente con los dedos: las doce en Melbourne.

He dormido intranquilo y con interrupciones, sin parar de dar vueltas, viendo los abismos desde todos los ángulos. He sudado, pero ahora tengo frío, como también lo tenía en el agua fría.

Fuera sigue siendo noche cerrada. Me siento de nuevo delante de la ventana que da a la laguna, enciendo una vela y sigo escribiendo. Cuento lo que he soñado.

Mientras estoy allí sentado, la negra noche se vuelve azul, primero azul oscura, casi violeta, y después azul marino y azul celeste.

Al amanecer, veo por fin el contorno de la laguna y me estremezco: ¡En medio del agua la barca flota a la deriva!

Me late el corazón. Entonces no ha sido solo un sueño. Sí que he estado en la laguna.

¿Cómo he llegado desde allí hasta la alcoba?

Vuelvo a tranquilizarme. Puede que se me haya olvidado amarrar la barca cuando la metí en el agua ayer por la tarde. ¿Es posible?

¿O he estado realmente en la laguna esta noche?

Tiritando de frío abro la puerta de la estufa. El fuego está a punto de apagarse.

Meto el último trozo de leña y salgo a la leñera a buscar más.

Fuera ya se ha hecho completamente de día y reina una calma casi total.

El cielo está despejado, como ayer. Un par de bolitas de nubes que vuelan muy alto se vuelven de color rosa con el sol matutino, pero los rayos aún no alcanzan las copas de los abedules. Y entre los troncos cuelga aún la neblina.

De entre la niebla sale un ser humano, un hombre.

¿Estoy viendo visiones? ¿También esto es un sueño lúcido?

¿O se trata de verdad de un excursionista caminando ya tan temprano por la mañana?

De repente un pensamiento curioso se me viene a la cabeza: ¿Este desconocido puede tener algo que ver con la barca que flota? ¿Puede haber sido él quien la haya soltado y dejado a la deriva en la laguna?

Lo descarto como una idea que no tiene sentido. El desconocido viene andando hacia mí justo desde el lado opuesto. Tiene que haber subido desde Kringelen por el sendero.

El hombre me ha visto y se acerca. Es un tipo mayor con barba casi por completo blanca, que por alguna razón asocio con la Biblia. Vuelvo a preguntarme si esa persona es de carne y hueso o solo una visión. Porque sí lo veo, eso es seguro. Pero ¿si hubiera tenido aquí el móvil, habría conseguido sacarle una foto?

El desconocido lleva un jersey gris gordo de lana, una bufanda azul de lana y un gorro azul de punto. Lleva un par de botas marrones que casi le llegan hasta las rodillas.

Parece un tipo robusto y realista. Y, sin embargo, no consigo creérmelo del todo: toda la aparición es tan perfectamente misteriosa que no me pregunto «quién» es este, sino «qué» es esto. En cierto modo, desde anoche tengo realidades paralelas en el cuerpo. ¿Esto también puede ser un sueño lúcido?

Me tiende una mano fuerte y nos saludamos. Su firme apretón de manos no puede ser una alucinación.

—Bonita mañana —dice.

Se sienta sobre el tajo, y yo tomo asiento en el caballete de serrar, junto a la puerta abierta de la leñera.

—¿Dando un paseo? —le pregunto.

Asiente con la cabeza de modo elocuente.

—Creo que debo estar un poco al tanto de las cosas.

Me resulta un comentario incomprensible.

—¿Al tanto de qué?

Reflexiona unos instantes antes de responder. Luego dice:

—La época del año. Es tiempo para la vida y para la muerte. O para la muerte y la vida nueva. Se le puede dar la vuelta a la frase como se quiera.

Respira y añade:

—¿No lo notas? Un olor ácido, pero también casi dulzón. Es la vieja vida que se pudre y la nueva que brota. Sin lo primero, no puede haber lo segundo.

La manera en la que se expresa me hace pensar de nuevo: ¿Quién es este? ¡Vida y muerte! Es como si él tuviera libre acceso a mis pensamientos.

Entonces dice:

—Creo que llevas encima una carga muy pesada, buen hombre. No te encuentras bien. Esas cosas se notan.

El hombre tiene una mirada centelleante, unos ojos tan intensos que me pregunto qué hay detrás de esa mirada.

Aunque me cuesta mucho, he de admitir que ese hombre tiene alguna capacidad más o menos clarividente.

Nunca he creído en esas cosas. Sin embargo, tampoco he estado jamás en una situación tan apremiante como la de las últimas veinticuatro horas.

La continuación de la conversación no deja lugar a dudas. El desconocido me cala. Es clarividente; lo noto en su mirada inescrutable.

No puede ser una casualidad que haya llegado hasta aquí arriba al amanecer. Ha venido a verme a mí.

Recuerdo que he oído alguna vez historias de ese tipo, historias de gente que se encontraba en enormes dificultades y de repente aparece una persona clarividente a prestarle ayuda.

Es decir, que sí existen ese tipo de relaciones invisibles entre la gente. Me siento algo más animado.

Hablamos un poco de todo y de nada antes de que el hombre empiece a hablar sin tapujos, y de nuevo es como si me leyera el pensamiento.

—Creo que necesitas ayuda, Albert.

Entonces era lo que yo pensaba, porque ahora incluso me llama por mi nombre. Es irreal, pero es verdad.

—Sí —me limito a responder.

Estoy a punto de derrumbarme, pero mantengo la máscara.

Señala hacia la laguna.

—La barca se ha soltado —comenta.

—Ya lo he visto. Al menos está suelta; habré olvidado amarrarla.

Él dice:

—Hace cien años se ahogó una vieja aquí, en la laguna. Pudo tratarse de un accidente, pero tal vez simplemente estuviera harta de vivir. La Policía nunca investigó el asunto.

Recuerdo que sí hemos oído esa historia, pero contada como si se tratara de una leyenda.

La mujer en cuestión había contraído la gripe española. Para no contagiar a su familia, consiguió subir hasta Glitretjern y se ahogó.

—Tal vez estuviera enferma —contesto—. Y no soportara seguir viviendo.

El desconocido asiente con la cabeza. Se queda mirando fijamente a la laguna y dice, como para sí:

—Dios impida que algo así vuelva a ocurrir.

De nuevo clava su mirada en mí, interrogante.

Por fin me doy cuenta. El hombre con el que estoy hablando es el granjero al que le compramos la Casa de Cuento hace un cuarto de siglo. Eirin comentó la mirada del hombre, sus

ojos azul cobalto. De hecho, no le hemos visto el pelo en todos estos años. Nos hemos limitado a pasar en coche por delante de la granja, abajo en el valle, y casi siempre lo buscábamos con la mirada, pero nunca hemos llegado a verlo. Cuando nos vendió la cabaña, nos dijo que lo hacía con el fin de conseguir unos ingresos extra para construir un nuevo edificio de explotación; de hecho, lo construyó solo un año después de que tomáramos posesión de la Casa de Cuento.

—¿Knut... Espégard? —balbuceo.

Asiente con la cabeza. Se da cuenta de que no lo he reconocido hasta este instante. Pregunta:

—Habéis pasado unos buenos años aquí, junto a la laguna, ¿verdad? Este verano hará veintisiete años...

Supongo que asiento con la cabeza; no recuerdo exactamente cómo le contesté, pero creo que respondí de forma afirmativa a su pregunta. La conversación prosigue y de una manera que me resulta inevitable pensar que el hombre de la mirada chispeante es clarividente, porque dice:

—Pero ya habíais estado aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Diez años antes.

Intento poner una expresión de confusión. Pero no sirve de nada cuando el hombre con quien estoy hablando tiene poderes sobrenaturales. Eso le da una gran ventaja, claro está.

Ha llegado el momento. El granjero me penetra con la mirada y dice:

—¿O habéis olvidado que en aquella ocasión os encontrasteis con un hombre que subía hacia la meseta cuando vosotros bajabais y ya casi habíais llegado al Volvo azul?

Tengo que hacer memoria, pero sí recuerdo que nos encontramos con un hombre por el sendero aquel día, justo antes de llegar abajo, donde estaba el coche de papá. Nos remordía un poco la conciencia por haber forzado la entrada a la Casa de Cuento, y tampoco la habíamos dejado recogida al marcharnos. Estaríamos especialmente sensibles.

Creo que asentí con la cabeza.

—Pero no creo que fuéramos los únicos paseantes aquella tarde.

Knut Espégard me escruta con la mirada. Dice:

—Eso puede ser. Pero probablemente tu amiga debió de ser la única paseante que aquella tarde llevase un llamante jersey rojo. Encontré pelusa roja por todas partes...

Vuelve a mirarme, antes de añadir:

—Y en las tres camas.

De acuerdo, clarividente o detective, la situación empieza a tener cierto sentido. Entonces pregunta:

—Dime una cosa: ¿dos personas duermen mejor en tres camas o solo en una o en dos?

¿Qué puedo contestar? No veo razón para seguir fingiendo. Diga lo que diga, el granjero, con esos ojos casi sobrenaturales, me calará.

Me encojo de vergüenza y hablo como un niño:

—Queríamos probar las camas. Hicimos el amor en las tres. Al final, nos quedamos dormidos en la mejor, la que no era ni demasiado dura ni demasiado blanda.

El hombre asiente con la cabeza.

—Ya me lo figuraba. El lugar, sin duda, os gustó, pues volvisteis muchos años después y comprasteis la casa.

Ahora comprendo algo, algo que no se me había ocurrido hasta ese instante. Cuando me doy cuenta, noto como si me diera calambre: el vendedor ya sabía entonces que éramos los que habíamos cometido aquel delito del que tanto habíamos hablado. Él lo había mencionado como un detalle insignificante, diciendo que habían tenido cuidado... Pero nosotros éramos unos clientes a punto de comprar la casa.

Como para dejarme claro que es como creo, el hombre añade:

—Y Eirin llevaba el mismo jersey rojo que lucía diez años atrás. Así de atrevida fue. ¿O debo decir «desvergonzada»?

¡Eirin! ¡Después de tantos años transcurridos, él aún recuerda su nombre! No sé por qué, pero me alegra sobremanera. Es como si fuera un guiño suyo, como un saludo de Eirin a través de las décadas.

Tengo que responder algo y digo:

—Atrevida no sé, pero no le da vergüenza nada.

Me mira, riéndose entre dientes.

Nos quedamos callados tal vez un minuto. Las desnudas copas de los abedules se doran con el sol matutino, y la niebla entre los árboles se vuelve más ligera.

Intento libramme de todas mis ideas sobre las facultades clarividentes del granjero y repaso de nuevo todo en la cabeza.

¿Por qué Knut Espegard llega a toda prisa a la Casa de Cuento antes de que cante el gallo? Tiene que haber iniciado la subida de madrugada.

¿Por qué empieza a hablar de la vida y la muerte, y con qué intención saca a relucir esa vieja historia, que quizá solo sea una leyenda, sobre aquella mujer que hace cien años al parecer se ahogó en Glitretjern?

Además, se ve claramente que sabe que me encuentro mal y que necesito ayuda.

Bueno, puede haber visto el coche aparcado en Kringelen —hace años que tenemos el Toyota blanco—. Pero incluso antes de eso, cuando pasé por delante de su granja, abajo en el valle, pudo verme llegar solo en el coche. Casi nunca venimos uno solo.

También puede ser que el hombre haya dormido mal esta noche, que haya soñado algo desagradable, relacionado con que yo había llegado solo, sin Eirin. Por cierto, no ha preguntado por ella.

Y entonces ha subido a Glitretjern para comprobar que todo iba bien.

¿Qué sé yo de los hábitos de paseo del granjero? Quizá tenga por costumbre darse un paseo de madrugada, antes de ponerse a ordeñar las vacas.

Otra posibilidad es que haga tiempo que quiera tomarnos un poco el pelo y contarnos lo de la pelusa roja de hace casi cuarenta años. Y, bueno, ahora que me ha visto solo se le ha presentado la ocasión. Quizá quería ahorrarle a Eirin los viejos chismorreos.

Y luego, al llegar aquí, le habré parecido una herida abierta. Sigo aterrado después de ese horrible sueño, y después de todo lo que he pensado y escrito ayer por la tarde y por la noche. No hace falta ser clarividente para advertir que no me encuentro bien. Debo de tener pinta de estar hecho polvo. Cualquiera persona se daría cuenta de que no estoy bien.

«Esas cosas se notan», dijo.

En todo caso, no se puede negar que el hombre con el que estoy hablando es especialmente

intuitivo. No es nada insensible.

Entonces, pregunta:

¿Cómo está Eirin?

—Está en Australia —contesto—. En una importante conferencia. Agua y microbiología, investigadores del mundo entero.

Escucha atentamente.

—¿Y tú a mitad de la semana te escapas solo a la cabaña?

Asiento con la cabeza. Pero, de nuevo, ¿por qué lo pregunta?

Puesto que ha expresado cierta preocupación por mi persona, contesto:

—Pero me voy enseguida; en cuanto ordene un poco y deje algunas cosas preparadas para el verano.

El viejo granjero junta las palmas de las manos y se las pone delante de la cara, como pensativo o suplicante. Dice:

—¡Dale recuerdos a Eirin! Tendrás ganas de que vuelva a casa.

—Sí —respondo.

—¡Salúdala de mi parte!

—Sí —repito.

—¿Me lo prometes? Puedes prometerme que no le vas a ocultar un saludo mío, ¿verdad?

No puedo evitar extrañarme de esa manera tan entrañable de hablar, como si tuviera un doble fondo.

Como en un destello, vuelvo la vista atrás, a cuando conocí a Eirin en la sala de descanso del edificio de Sophus Bugge, en los setenta, cuando ella me preguntó la hora, aunque llevaba un reloj de pulsera, y yo pensé que la pregunta tenía que tener un mensaje subliminal, un doble fondo. Lo que quería decir era: me gustaría conocerte.

Y ahora es como si el hombre sentado en el tajo dijera a la vez: no hagas ninguna tontería. ¿Me lo prometes? ¿Prometes esperar a Eirin?

Quizá solo me esté imaginando cosas, fantaseando, enredado como estoy de un modo sin sentido en mis propios pensamientos y mi propia desgracia.

Entonces el hombre añade, lo cual resulta casi increíble:

—No te olvides del allanamiento de morada que cometisteis aquí arriba, un día de septiembre de 1972. Porque no has saldado la cuenta. Ya me engañaste en una ocasión. En cambio, te libraré de tu mala conciencia si le das a Eirin un cálido y cordial saludo de mi parte. ¿Quedamos en eso?

Asiento con la cabeza, obediente como un colegial reprendido.

Al final, añade:

—Me pasé toda la tarde quitando pelusa roja. Casi resultaba un poco irritante... Pero no le diremos nada de eso a Eirin, ¿a que no?

Sacudo la cabeza.

Con esto, se levanta del tajo, se me acerca y me da dos golpecitos en el hombro. Es como si dijera: ¡vamos! ¡Esfuézate!

Y se va por el mismo camino por el que ha llegado. No mira hacia atrás.

Me quedo sentado en el caballete de serrar, aturdido y confuso. En cuanto el hombre ha desaparecido, me pregunto si de verdad ha estado aquí o si solo ha sido una experiencia interior.

Llegó como un mensajero de Dios queriendo salvarme. Y creo que lo consiguió.

Pienso que un ser humano no vive solo.

«No man is an island entire of itself; every man is a piece of the continent, a part of the main».

Hace unos días elegí ese viejo poema de John Donne como tema para una discusión en clase, en inglés, por supuesto.

La conversación resultó especialmente interesante; más de lo que me esperaba. Me pareció casi un milagro que unas palabras tan antiguas aún fueran capaces de emocionar a una generación de jóvenes. Pero «yo» y «los otros» no somos una constelación especialmente moderna. Tal vez lo sean las redes sociales y el individualismo extremo. No es que yo sea uno del rebaño. En nuestros tiempos tal vez convenga recordarlo.

No somos solo naturaleza. Formamos parte de un denso tejido de contextos familiares, sociales y culturales.

Cojo unos leños, entro, meto un par de ellos en la estufa y enseguida oigo chisporrotear la seca corteza de abedul. Me vuelvo a sentar y a inclinar sobre el libro de la cabaña. Escribo acerca de mi encuentro con el viejo granjero.

Y, mientras escribo, me doy cuenta de que el encuentro con el misterioso hombre —ya haya ocurrido solo en mi mente, o en la vida real— ha desencadenado nuevos pensamientos, que son como pequeñas semillas de un incipiente proceso de conciliación.

Todos los miembros de una familia no están presentes al mismo tiempo. Algunos han fallecido y otros aún no han nacido. El sistema es universal: en todas las familias hay individuos que ya no viven. Eso no significa que hayan abandonado la familia.

Yo soy, además, responsable de haber traído al mundo a nuevos miembros de la familia: Christian y Sarah. Un día también ellos tendrán que despedirse de los suyos y del mundo en general. ¿Cómo puede contagiarlos mi conciliación?

Tal vez esa sea una cuestión con mucho sentido en los días y semanas que se avecinan. Por tanto, no puedo quitarme la vida. Sigo teniendo una misión que cumplir. Me resulta reconfortante.

No soy solo yo. Tengo una identidad más profunda y fundamental. Soy un representante de la humanidad, y ella me sobrevivirá.

Pienso en todas las personas con las que me he ido topando a lo largo de la vida. Pienso en ellas como un intenso chisporroteo de caras, facetas complicadas de la diversidad humana, como un mosaico vivo.

Yo mismo he sido una de las máscaras, una de las chispas, y una cosa tenemos en común: que cada uno de nosotros nos iremos apagando uno a uno. Pero la hoguera sigue encendida; continúa echando chispas tan enérgicamente como antes.

Me sorprende al notar que me alegra saber que este chisporroteo va a continuar mucho tiempo después de que mi propio chisporroteo se acabe.

Continuarán las conversaciones, se escribirán nuevos capítulos de la historia y de la historia de la cultura. Ahora lo convierto todo en mío. Yo «soy» todo eso.

Aunque yo tale un abedul en el bosque, el bosque continuará estando entero...

Me levanto y me pongo a hacer exactamente lo que le dije al granjero. Recojo y ordeno la cabaña, y preparo algunas cosas para el verano.

Cuando acabo lo que tenía que hacer, vuelvo junto a la ventana con vistas a Glitretjern. Estoy vestido y la cabaña está lista; solo falta cerrar los postigos. Son las cuatro, medianoche en Melbourne.

Había mucho que hacer. No puedo excluir la posibilidad de que esta sea la última vez que estoy aquí. Por esa razón todo se ha hecho a un ritmo muy lento. También debido a mi mustia mano izquierda muchas cosas se han hecho más despacio que de costumbre. Sé que la otra mano pronto estará igual.

La barca de remos ha sido lo que más tiempo me ha llevado. Obviamente no he podido nadar hasta ella. Me he puesto unas botas altas y he tenido que rodear la laguna y esperar con paciencia

a que la barca llegara flotando a tierra. Pero cada vez que se acercaba a la orilla, volvía a irse hacia dentro de la laguna, y yo tenía que seguir dando vueltas.

Por fin, al cabo de unas horas, logro tirar de ella hasta el brezo con la ayuda de un tronco de abedul que he desramado con un hacha.

Los remos estaban en la barca, y conseguí llevarla a su sitio remando. Mientras cruzo la laguna, se me ocurre una idea absurda. El primer paseo a remo del año, pienso.

Después de amarrarla, me inclino para tocar el agua. Está exactamente tan fría como en el sueño.

Me quedo un buen rato contemplando la laguna. Es curioso, pienso, lo oscura y amenazadora que me pareció por la noche. Ahora está azul como una flor de hepática, y como el mismo día.

A lo largo del día he estado intercambiando mensajes con Eirin.

Cuando salí a solucionar el problema de la barca, miré el móvil y vi que ella me había llamado varias veces y que cada vez ponía llamada no contestada. Pero me envió un SMS.

¡Mi querido Albert! Cuando nos escribimos tarde por la noche para ti y temprano por la mañana para mí, tenía que salir pitando a la conferencia, y, un cuarto de hora antes de que empezara, a las nueve, puse el teléfono en silencio. Ya bastante avanzado el día he visto que Marianne intentó llamarme unos minutos antes de que empezara la conferencia (pasada la medianoche, hora noruega). Me ha enviado también un SMS. Dice que lo estás pasando muy mal, Albert, y que está preocupada por ti. Ella no sabía que yo estaba en Australia. No has contestado a sus llamadas ni a sus SMS. Tampoco has contestado a las mías. Y no comentaste nada de que estabas mal cuando nos dimos las buenas noches/buenos días. Pero escribiste «adiós». Ahora sé que estás sano y salvo. Porque me imaginé que tal vez habías ido a la Casa de Cuento, y yo tenía que localizarte de alguna manera. Aunque era de madrugada, hora noruega, creo que alrededor de las cuatro, llamé a Knut Espegard; (menos mal que me acordé de su nombre y encontré su número de teléfono en internet). Le pedí que subiera a Glitretjern a verte («cuanto antes», le rogué), y él no se negó en absoluto. Hace unos minutos recibí un SMS suyo diciéndome que estás bien. Por supuesto, he contestado el mensaje de Marianne, y ella me ha contestado a mí. Sé que has recibido una noticia muy mala, Albert, pero Marianne ha querido mantener en parte su secreto profesional y no me ha contado los detalles. ¡Lo vamos a superar juntos! Estoy en el ordenador buscando billetes de avión. Quizá pueda viajar vía Bangkok o Singapur mañana por la mañana. ¿Me puedes llamar? ¡Por favor! Aquí son ahora las diecinueve horas. Aguanta hasta que estemos juntos. Tuya, Eirin.

Así que el granjero ha estado aquí de verdad. Llegó como un ángel salvador que fue enviado directamente desde la otra punta del planeta.

Respondo a Eirin:

¡Querida Eirin! Gracias por llamar a Knut Espegard. Fue una charla agradable, y si estoy «sano y salvo» es sobre todo porque tú le dijiste que viniera. Pero no puedo llamarte, Eirin. No puedo hablar contigo ahora. Me derrumbaría, y tal vez tanto que

ello me haría polvo. No me llames tú tampoco; prométemelo. Te echo mucho de menos, y prometo esperarte. Pero tú también tendrás que esperar. Por eso no vas a volver mañana. Mañana vas a estar como una reina en la sala de congresos y vas a dar tu conferencia con PowerPoint sobre la bacteria azul verdosa. ¡No quiero verte en casa hasta que puedas contarme cómo ha ido! ¡Yo sigo animando a Nostoc eirinae! Así que no creas que eres el único organismo al que apoyo. Mañana iré a ver a Christian y a June. Y a Sarah, claro. Pero no les contaré nada hasta que tú estés en casa. Tuyo, Albert.

Seguimos en contacto durante el día. Ahora ella está durmiendo. Y yo puedo pensar: ahora está tranquila. Al menos se ha tomado una pastilla para dormir. Una y media, escribió.

Ha conseguido no llamarme, y me ha prometido que mañana dará su conferencia y asistirá a la fiesta de clausura por la noche.

Le escribí que se pusiera erguida y que estuviese preparada para las ovaciones.

Un día Eirin y yo nos prometimos estar juntos en lo bueno y en lo malo. Los días que han sido casi solo buenos han quedado atrás. Ahora llegan los tiempos malos, pero tal vez también encontremos algo bueno en ello.

Hemos compartido todo lo que tiene que ver con la Casa de Cuento. Se inició con el explosivo episodio de Ricitos de Oro. Ahora tendremos que acostumbrarnos a la versión oscura del viejo cuento. Tal vez tengamos que armarnos de valor y estar preparados para compartir alguna vez mesa y cama con la bruja.

Sin embargo, no puedo dejar aquí el libro de la cabaña y marcharme. Sarah no leerá nada de esto, ni tampoco Eirin, Christian ni June. No me lo llevaré a casa. Y sigue quedando fuego en la estufa.

Dentro de unos minutos arrancaré todas las páginas del diario y las echaré a las llamas. Por una vez abandonaré la Casa de Cuento dejando un poco abierto el tiro con un buen fuego en la estufa.

Me duele tener que quemar el precioso dibujo de Sarah de los dos cisnes que se deslizan majestuosos por Glitretjern. Pero no me queda más remedio. Diré que el abuelo estaba triste y se emborrachó. Y se equivocó y metió en la estufa el diario en lugar de un leño.

De todos modos, ella sabrá pronto por qué el abuelo estaba triste. Como desagravio, recorreré Oslo en busca de un precioso libro sobre cisnes.

«Para el cisne Sarah», pondré en la dedicatoria.

Por otra parte, me he preguntado a mí mismo cómo puede contagiarse a la familia mi proceso de conciliación. Un comienzo podría ser que leyerais lo que acabo de escribir aquí. Quizá, a pesar de todo, deba volver a dejar el libro encima de la mesa, donde estaba cuando llegué.

He sido sincero sobre la desesperada relación que tuve con Marianne en la primavera de 1982. Hace veintisiete años de ello, pero he dicho que no tengo intención de darme de baja del planeta Tierra dejando tras de mí una gran mentira, lo que significa que debo dejar aquí el libro de la cabaña. No se pueden lanzar mentiras a una distancia de años luz hacia la noche del mundo.

Tengo la esperanza de que Eirin pueda perdonarme. Espero una conciliación también en ese

aspecto.

Dentro de un instante me levantaré y me marcharé. Tengo que tomar una última decisión con el libro de la cabaña.

O será devorado por las llamas o lo encontraréis en la mesa de comedor cuando vengáis.

Pienso en los meses de los que dispondré ahora para la despedida y la partida.

Una despedida de varios meses es mucho tiempo. En el momento en el que escribo esto, espero que no se alargue mucho más, porque no es bueno estar tantos meses con mi enfermedad. Además, no deseo ser una carga demasiado pesada.

Pero solo unas horas para despedirme de algo tan formidable como el mundo, de todos vosotros y de la Casa de Cuento habría sido demasiado poco.

Me permito pensar que el tiempo que queda no es ni demasiado largo ni demasiado corto. Tal vez sea simplemente perfecto.